POR DERECHO DE CONQUISTA.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS

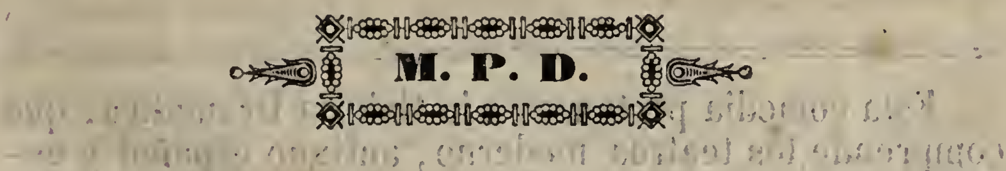
POR E. LEGOUVÈ,

y arreglada á la escena española

POR

D. MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

Representada con aplauso por primera vez en el teatro del Príncipe en la noche del 8 de Marzo de 1856, á beneficio de la primera actriz doña Cármen Carrasco.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.° 19, bajo.

Marzo 1856.

REPARTIMIENTO.

PERSONAS.	ACTORES.
LA SEÑORA BERNARD, *labradora*.	Sra. *Lamadrid* (*D.ª Teodora*).
LA MARQUESA DE ORBEVAL, *su tia*.	*Carrasco* (*D.ª Cármen*).
AMELIA DE ROCHEFORT.	*Gutierrez* (*D.ª Amalia*).
JUSTINA, *doncella*.	*Osorio* (*D.ª Cristina*).
MARÍA, *prima de Amelia*.	*García*.
CLARA, *id. id.*	*Ramos*.
CÁRLOS BERNARD, *ingeniero*.	Sr. *Romea* (*D. Julian*).
EL MARQUÉS DE ROUILLÉ.	*Arjona* (*D. Joaquin*).
EL VIZCONDE GONTRAN DE SILLY.	*Romea* (*D. Florencio*).
WILSON, *amigo de Cárlos*.	*Tamayo*. (*D. Victoriano*).

La escena es en 18... en la quinta de Rochefort, en Francia.

ACTO PRIMERO.

Un salon que dá á un jardin.—Puerta en el foro y otras dos laterales.—En el proscenio, á la izquierda, un canapé pequeño con una silla al lado.—A la derecha, una mesa grande, cubierta de un tapiz y con recado de escribir: en primer término una chimenea. — En el foro, á cada lado de la puerta, una ventana con persianas.

ESCENA PRIMERA.

JUSTINA, *entrando por el foro, donde se la ve ocupada en regar unas flores.*

Recordemos bien las órdenes que me dió la señora ayer tarde, al llegar de Bagneres:—«Mañana vendrán algunas personas que desean comprar esta finca; les enseñareis el parque, pero les direis que yo estoy indispuesta y no dejareis entrar mas que á mi médico...» (*Consigo misma.*)—Ya está á la cabecera de su cama.—«Al señor de Cernay...» — Paseándose está por la huerta...—«Y á mi notario.»—Un médico, un notario, y un jóven! Aquí debe haber algun misterio... y el cuidado que ha tenido la señora, al pasar ayer por Tolosa, de no ver á nadie de su familia... (*Viendo entrar al Marqués.*) Ah! un comprador sin duda.

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE ROUILLÉ. JUSTINA.

Marques. (*Viene por el foro, entra leyendo y habla á Justina sin mirarla.*) Han llegado ya esas señoras?
Justina. Ayer tarde, caballero; pero la señora está tan débil, tan fatigada, que no puede recibir á nadie.
Marques. (*Leyendo.*) Dile que estoy yo aquí. (*Dando un golpe en el libro con entusiasmo, y dirigiéndose á la derecha.*) Sí, en el dia, este es el único papel de la nobleza.
Justina. Perdonad, yo creía haberos dicho...
Marques. Que la señora de Rochefort no recibia, ya lo he oido; pero dile que soy yo...
Justina. Es que no tengo el honor...
Marques. (*Impaciente.*) Cómo?... no sabes?... (*Mirando á Justina.*) En efecto... es nueva en la casa... Linda muchacha! (*Justina hace una cortesía.*) Anuncia á esas señoras el marqués de Rouillé.
Justina. Ah! el hermano de la señora! el tio de la señorita! Ahora ya sé, señor, y voy... (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE ROUILLÉ.

Sí, par diez!... hé aquí lo que nosotros, la antigua nobleza de provincia, debemos hacer: renunciar á las embajadas, á los ministerios, y conquistar nuestro puesto á la cabeza de la Francia, por medio del saber y el talento! (*Dando un golpe en su libro.*) Por eso te quiero yo, mi buen marqués de Jouffroy!... porque tú fuiste el primero qne hizo andar á un barco de vapor!... Sí, sí... gritad cuanto querais, señores plebeyos... no fuísteis vosotros, sino uno de los nuestros, un marqués, como decís... (*Señalándose á sí mismo.*) Y aquí os presento otro, que sigue los mismos pasos.

ESCENA IV.

AMELIA. EL MARQUÉS DE ROUILLÉ.

Amelia. (*Entrando por la izquierda.*) Tio!... mi querido tio!

Marques. (*Arrojando su libro sobre la mesa.*) Tú?... Ah! me siento remozado, al verte. (*Amelia le abraza.*) Otro!... otro!... diez mas! Hace mucho tiempo que esos lindos brazos no se enlazan á mi arrugado cuello.

Amelia. Oh! cuantos querais!... soy tan dichosa en este momento!

Marques. Vamos!... mírame... que vea yo cómo se ha portado el aire de los Pirineos con ese lindo rostro... (*Despues de haberla mirado.*) Qué diablos!... siempre estás mas bella que yo... En fin!... (*Con ternura.*) Y tu madre?

Amelia. No podrá recibir á nadie, ni aun á vos, hasta la noche... está tan delicada!

Marques. Pobre hermana mia!... Ya sé yo por qué no valgo nada... ella ha cogido todo lo bueno que habia en la familia.

Amelia. Ah! coquetuelo tio... quiere sin duda que le alaben un poco.

Marques. No por cierto! quiero solo que tú me ames un... mucho. (*Se sienta á la derecha. Amelia se coloca á su lado en un taburete.*) Y dime... te has divertido mucho?... has hecho buenas correrías?... has montado á caballo?

Amelia. He gastado todo el bolsillo que me dísteis para alfileres.

Marques. Bello regalo!... Unos cuantos luises tan viejos como yo!... (*Con cólera.*) Lo que yo deberia darte... es un marido!... porque, cuando recuerdo que, por ese miserable dinero de que nos ha privado la quiebra de un banco, una niña jóven como tú... un ángel...

Amelia. (*Alegremente.*) Sí, un ángel sin dote, que es peor todavía que un ángel sin alas!

Marques. (*Con cólera.*) Cómo!... no ha de haber en todo mi sexo un mancebo de corazon que restaure el honor de los hombres, casándose con este tesoro!

Amelia. (*Alegremente.*) Decís bien!... esos hombres son de lo que no hay... tienen á la mano, como quien dice, perlas, diamantes, rubíes... y los dejan perderse... es cosa inaudita!... Así, pues, tio, si quereis creerme, los abandonaremos á su impenitencia final... y volveremos á nuestros diálogos sobre vuestras invenciones... porque yo soy vuestra confidenta, ya lo sabeis.

Marques. Y algo mas!... mi ayudante en mis esperimentos químicos, en mis proyectos científicos. Oh! me he empeñado en restaurar el nombre de nuestra familia!...

Amelia. (*Gravemente.*) Y le restaurareis!... Un jóven muy sabio, que ha leido vuestras memorias dirigidas á la Academia de las ciencias, nos ha dicho que teneis genio!

Marques. De veras?... Debe ser muy listo ese muchacho!... Pero, con todo mi genio, pasaré siempre por un loco... (*Alegremente.*) En primer lugar, porque tengo cierto aire de tal... y en segundo, porque no puedo aplicar mis ideas. Ah! si yo tuviera una fuerza, un poder... (*Tomando el brazo de Amelia, y en confianza.*) Mira!... acaba de formarse una compañía inmensa, cuyo ingeniero debe llegar hoy mismo, para el desecamiento de todos los pantanos de Luxeuil.

Amelia. (*Gravemente.*) Me parece, tio, que tenemos ideas para ese desecamiento.

Marques. Ya lo creo!... veinte y tres!... Y es imposible que cuando el ingeniero las conozca... porque yo le estoy atisbando... tengo aquí una carta donde le pido una entrevista. Cuando sepa que la mitad de la aldea de Rochefort acaba de ser destruida por una inundacion...

Amelia. Qué decís?... nuestra querida aldea?...

Marques. Arruinada!... Yo he dirigido al Consejo general una peticion en favor de esos desgraciados, y he abierto una suscricion...

Amelia. (*Rápidamente.*) Una suscricion!... me suscribo por mil... (*Tristemente.*) Me olvidaba de que no somos ricos. Qué desgracia es tener el bolsillo de hoy con el corazon de otro tiempo!

Marques. (*Con cólera.*) Hé ahí, sin embargo, una frase

que vale diez mil francos!... Oh! cuando recuerdo que esos miserables hombres...

Amelia. Si os he dicho ya que son incorregibles!

Marques. (*Dirigiéndose á la derecha.*) Es que no lo son todos... y eso me dá rabia... Mira... la señorita Elena de Kerdoguen, que es tan pobre como tú, se casa con el señor de Vilcreuse.

Amelia. Y bien!... no hemos de abolir el matrimonio porque yo me quede solterona.

Marques. (*Con indignacion.*) Solterona tú?...

Amelia. (*Alegremente.*) Por qué no?... ya vereis... vereis qué deliciosa viejecita hago con mi bella cruz de canonesa al cuello y mis grandes gafas de oro en las narices... Copiaré memorias para mi tio, haré dulces para mis sobrinos y enseñaré á leer á mis primitos. Qué os parece?

Marques. (*Mirándola con intencion.*) Hum!... muy alegremente hablas del celibato, picaruela!

Amelia. Como que es mi vocacion!

Marques. A la verdad... si es tu vocacion!... Pero, dime... en los baños se encuentra mucha gente... Viste allí... por casualidad... á ese jóven... muy sabio?...

Amelia. Qué jóven?

Marques. Ya sabes... el que dice que yo tengo genio...

Amelia. En efecto, creo...

Marques. Tengo curiosidad de saber su nombre.

Amelia. Su nombre?... pues...

ESCENA V.

LOS MISMOS. JUSTINA.

Justina. (*Entrando por la izquierda.*) Señorita... la señora pregunta por vos.

Amelia. (*Rápidamente.*) Por mí?... voy corriendo. Adios, querido tio.

Marques. Espera, espera un momento.

Amelia. No puedo, mamá me llama.

Marques. Pero yo...

Amelia. Quereis que haga esperar á mamá? pícaro tio! Vamos!... yo no puedo escuchar mas á un tio tan

malo!... Adios, caballero... Adios mi... (*Volviendo.*) Oh! no... sería una traicion ocultárselo todo.

Marques. Hola!... con que hay algo?... No debes ocultarme nada!

Amelia. Yo bien quisiera... pero mamá me ha recomendado tanto el silencio!... Quiere decíroslo todo ella misma esta noche.

Marques. Eso no importa para que tú me digas algo ahora.

Amelia. Curiosillo!... Si yo fuese ahora indiscreta!...

Marques. Con que... veamos...

Amelia. (*Acercándose.*) Pues bien... es jóven... es guapo... es bueno... tiene tanto talento como vos... y... y no sabreis una palabra mas. Adios! (*Vase rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA VI.

JUSTINA. EL MARQUÉS DE ROUILLÉ.

Marques. Ni yo pregunto mas tampoco!... Ah! hé aquí la alegría mas grande que he tenido en diez años!... Ea! preparémosle un regalo de boda digno de ella... y que el nombre de nuestra familia, restaurado en esta provincia... (*A Justina.*) Sabes de un mensagero de confianza?

Justina. Sí, señor Marqués.

Marques. Es para ir á Tolosa, á la fonda de Francia, á preguntar si ha llegado el ingeniero de la compañía de los pantanos.

Justina. Cómo se llama?

Marques. No se sabe todavía su nombre. Se llama el señor ingeniero. Ese mozo le entregará esta carta y le preguntará... Pero, á la verdad, puesto que mi hermana no puede recibirme, vale mas que vaya yo mismo. (*Se dirige al foro. Justina se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

CLARA. EL MARQUÉS DE ROUILLÉ. MARÍA.

Clara. (*Entrando por el foro.*) Ah!... aquí está el Marqués.

Maria. (*Entrando por el foro.*) Él nos dirá quizá...
Clara. (*Impidiendo el paso al Marqués.*) Tio, vos que pasais la vida haciendo descubrimientos, habeis descubierto por casualidad?...
Marques. Qué?
Clara. Cómo se llama vuestro sobrino?
Marques. Mi sobrino?... Con que voy á tener un sobrino?
Maria. Amelia se casa.
Marques. Bah!
Clara. El notario de Tolosa se lo ha dicho en secreto á cierta persona, que me lo ha repetido á mí en confianza.
Maria. Y hemos venido aquí para saber la solucion de este enigma... porque el notario no ha querido revelar el nombre del futuro.
Marques. Qué me contais?
Clara. (*Tomando el brazo del Marqués.*) Por qué ese misterio?
Maria. (*Lo mismo.*) Por qué nuestra tia, al pasar ayer por Tolosa, no nos ha dicho nada?
Marques. Quién sabe?—Quizá será para que vosotras no tuviéseis que callarlo.
Clara. Por qué no ha consultado á la familia?
Maria. Por qué ocultarnos los títulos, la posicion de nuestro nuevo primo?
Marques. Oh!... es una picardía... lo confieso!... tanto mayor, cuanto que no sabreis nada hasta esta noche, porque mi hermana no recibe ahora á nadie... Y con este motivo, me repito á vuestras órdenes... y corro á buscar á mi ingeniero.

ESCENA VIII.

DICHOS. LA MARQUESA DE ORBEVAL.

Marquesa. (*Encontrando al Marqués en el foro.*) Adónde vais, señor Marqués?
Marques. Vuelvo, vuelvo. (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA IX.

CLARA. LA MARQUESA. MARÍA.

Clara. (*A la Marquesa.*) Y bien, tia, sabeis algo?
Marquesa. Solo sé, por Justina, que la señora de Rochefort recibia mucho en Bagneres á un jóven llamado el señor de Cernay. Nada mas.
María. Cómo!... vos, la marquesa de Orbeval, vos que habeis sido una segunda madre para Amelia...
Marquesa. Qué quereis?... no he podido ver aun á mi cuñada... el médico lo ha prohibido, y no podrá salir de su gabinete en algunos dias.
Clara. Nuestro primo Gontran, á título de antiguo amante de Amelia, sabrá quizá...
Marquesa. Gontran?... acabo de verle mas loco que nunca... (*Mirando por la ventana de la derecha.*) Quién es aquel jóven que pasea por el jardin?
Maria. Algun comprador.
Clara. Entonces son dos compradores, porque le acompaña otra persona.
Maria. Justina les indica este salon.
Clara. Ya se dirigen hácia aquí.
Carlos. (*Fuera.*) Gracias, jóven, gracias!... Comprendo... esperaremos en esta pieza. (*Entra con Wilson; ambos saludan á las señoras, que les devuelven sus saludos y ván á agruparse á la izquierda.*)

ESCENA X.

CLARA. LA MARQUESA. MARÍA. CÁRLOS. WILSON.

Clara. (*Bajo á la Marquesa.*) Tiene un aire distinguido!
Marquesa. (*Lo mismo.*) Si será el señor de Cernay!
Maria. (*Bajo.*) No!... he oido á su amigo llamarle Bernard.
Marquesa. (*Id.*) Y si fuesen los dos parientes de?...
Clara y *Maria.* (*Id.*) Es verdad.
Marquesa. (*Id.*) Entonces podrian orientarnos.
Clara y *Maria.* (*Id.*) Sin duda.
Marquesa. (*Id.*) Probemos.

Clara y *María*. (*Bajo*.) Sí! sí!
Marquesa. (*Graciosamente á Cárlos*.) Caballero... habreis oido decir alguna vez que las mujeres somos curiosas.
Carlos. (*Adelantándose y sonriendo*.) Nunca, señora.
Marquesa. Sí, confesadlo... lo somos casi tanto como los hombres!... Y hé aquí por qué yo estoy deseando preguntaros si, por casualidad, venís á esta quinta con el mismo motivo que nosotras.
Carlos. Es posible, señora.
Marquesa. Por la boda?
Carlos. Precisamente.
Marquesa. Y como no puede menos, por el señor de Cernay.
Carlos. Vos lo habeis dicho, señora.
Marquesa. Entonces le conoceis?
Carlos. Oh! mucho.
Wilson. (De qué le conoce?)
Marquesa. (*Alegremente*.) Pues bien, nosotras, bien á nuestro pesar, no le conocemos... y yo, por mi parte, siento una tentacion irresistible á abusar de mi título de tia para haceros algunas preguntas sobre ese caballero.
Carlos. (*Inclinándose*.) Señora!
Marquesa. En primer lugar, está aquí?
Carlos. Hemos llegado juntos esta mañana.
Wilson. (Pues yo no le he visto!)
Marquesa. Qué tal es su familia?
Carlos. De las mas distinguidas.
Marquesa. Su fortuna?
Carlos. Considerable; no por él, sino por su madre.
Marquesa. Segun eso, se ha dejado llevar de su inclinacion al elegir esposa, porque la fortuna de mi cuñada es corta.
Carlos. Ha obedecido á una pasion ardiente y profunda.
María. (*Bajo á Clara*.) Una novela!... qué felicidad!
Marquesa. Eso le conquista ya mis simpatías... y me parece que empiezo á querer á mi señor sobrino. Pero, en fin, será preciso ver á ese bello invisible, conocerle! (*Graciosamente y como en confianza*.) Veamos... es jóven?... es guapo?... es elegante?... tiene talento?... tiene?...

Carlos. (*Sonriendo.*) Oh! oh!... señora... esas son preguntas mas delicadas, sobre todo para un amigo íntimo! Y aunque mi oficio es resolver problemas...
Clara. Problemas?
Marquesa. Problemas?... no comprendo.
Carlos. (*Inclinándose.*) Cárlos Bernard, ingeniero.
Clara. (*Algo desdeñosamente.*) Un ingeniero!
María. (*Id.*) El señor Bernard!
Marquesa. (*Despues de una breve pausa.*) Sois vos, caballero, quien ha dirigido las bellas obras que acaban de hacerse en el Delfinado?
Carlos. (*Inclinándose.*) Señora!...
Wilson. (*Adelantándose.*) Él es, en efecto.
Carlos. (*En tono de reconvencion.*) Wilson!
Wilson. Él es quien ha renovado la faz del pais.
Carlos. Wilson!
Wilson. El es, señora.
Carlos. (*Sonriendo.*) El señor de Wilson, mi amigo íntimo.
Marquesa. (*A Cárlos.*) Tengo una satisfaccion, caballero, en que el señor de Cernay haya elegido por testigo suyo á un hombre de tanto mérito.
Clara. (*Bajo á María.*) Le elogia demasiado.
Carlos. (*Con cierta emocion.*) Señora, me dispensais una acogida que nunca me hubiera atrevido á esperar.
Marquesa. Y por qué, caballero?
Carlos. (*Vacilando.*) Porque...
Marquesa. Ah! comprendo... porque no sois de los nuestros... porque no perteneceis á la aristocracia. Y qué! Un hombre de talento, como vos, tiene todavía esas preocupaciones!... vos tambien creeis en la vanidad de la nobleza?
Carlos. (*Sonriendo.*) Un poco.
Marquesa. Os equivocais, caballero... nuestra clase tiene orgullo... pero no vanidad.
Carlos. (*Sonriendo.*) Tiene, al menos, la vanidad del orgullo.
Wilson. (Muy bien!)
Marquesa. Y me atreveria á preguntaros en qué fundais esa opinion?

Carlos. No me lo pregunteis, señora Marquesa, porque sería capaz de responderos.

Marquesa. Responded, caballero, responded!... atacadnos, nosotras nos defenderemos...

Clara. (Esto va picando en historia.)

Carlos. Pues bien, señora Marquesa, sed franca!... Os creeis vos absolutamente de la misma especie que... yo, por ejemplo?... Evidentemente no... y es muy natural!... Porque todos se inclinan delante de vuestro título: el aldeano, el menestral, el comerciante... todos, hasta el magistrado que os juzga, hasta el ministro que os protege!... Qué digo?... yo mismo, yo, Cárlos Bernard... (*Sonriendo.*) yo, que me hago el campeon de la igualdad, no estoy muy seguro de sentirme indiferente á esta reunion pasagera con una noble familia... y es probable que vuestra amable acogida no me hubiera halagado tanto viniendo de la señora... alcaldesa (*Con gracia.*) como de la Marquesa de Orbeval.

Todos. (*Escepto la Marquesa.*) Muy bien! muy bien!

Carlos. (*Sonriendo, pero con un poco de amargura.*) Ya veis, señora, que mi opinion encuentra partidarios.

Marquesa. Yo no sé lo que opinan los demás; pero, por mí parte, sostengo...

Carlos. Vos, señora Marquesa!... (*Sonriendo.*) Me permitís que os enfade un poco?

Marquesa. Os lo permito todo.

Carlos. (*Alegremente.*) Pues bien, vos sois exactamente lo mismo que los demás!

Maria. (*Bajo á Clara.*) Esto es divertido!

Marquesa. Yo!

Carlos. Teneis exactamente las mismas preocupaciones.

Marquesa. Eso decís!

Carlos. Y si quereis, voy á probároslo.

Marquesa. Probármelo!

Carlos. Mas aun!... á convenceros de ello!

Todos. (*Riendo.*) Ja! ja! ja!

Marquesa. (*Riendo tambien.*) A las mil maravillas! (*Dando un paso hácia la derecha.*) Veamos, caballero... probadme que yo pienso... lo que no pienso.

Todos. (*Acercándose.*) Veamos, veamos!

Carlos. (*A la derecha de la Marquesa.*) Pues bien, señora Marquesa, supongamos —hablo solo porque así lo habeis querido,—supongamos que vuestra sobrina, la única descendiente de la ilustre familia de los Rochefort, en vez de unirse con el señor de Cernay, hubiera elegido por marido... á un farmacéutico, por ejemplo. (*Murmullos entre los parientes.*)
Marquesa. (*Rápidamente.*) No volveria á verla en mi vida.
Carlos. (*Riendo á carcajadas.*) Ya lo veis!
Marquesa. Es que suponeis cosas imposibles!
Todos. Sí, sí!
Carlos. (*Cambiando de tono.*) Imposibles!... teneis razon... porque si un farmacéutico, un hombre de corazon, de talento, ilustre quizá en su profesion ó su ciencia, aspirase á la mano de la señorita de Rochefort... qué le sucedería?... (*Animándose poco á poco á pesar suyo.*) Él lucharia, sin duda, con valor, con energía, como se lucha por conquistar lo que se ama y se cree merecer... pero qué de adversarios!... las preocupaciones, el mundo, una familia... la misma mujer á quien adoraba!... sí, vería á su amada rechazarle quizá, avergonzarse de él... y entonces humillado, desesperado...
Wilson. (Qué está diciendo?)
Carlos. (*Echándose á reir.*) Pero... qué digo?... adóndé nos arrastra la imaginacion?... Ya iba á terminar como una aventura de novela, una conversacion de visita... Vuelvo, pues, á mi asunto, y concluyo que, á no ser violentado por la pasion, es preciso hacer con las clases mas elevadas lo que se hace con los bellos paises estrangeros— la Italia, la España, por ejemplo,—pasar por ellos de viaje... admirar sus grandezas, anudar, si es posible, simpatías y amistades, pero volver á casarse... á su casa!
Todos. Bravo! bravo!
Maria. (*Bajo á la Marquesa.*) No decia yo bien que tiene un aire muy distinguido?
Marquesa. Estoy vencida, caballero... pero vos lo estais tambien!... porque os aseguro que la Marquesa de Orbeval, al tenderos la mano en señal de estimacion, no se siente en manera alguna superior á vos,

y verá siempre con satisfaccion en el señor Cárlos Bernard un amigo, un huésped...

Carlos. (*Riendo.*) Todo, en fin... escepto un sobrino.

Marquesa. (*Riendo.*) Escepto un sobrino! (*Bajo á María.*) Es muy amable! (*Se dirige hácia el foro y á la izquierda, como para salir.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. JUSTINA, *por el foro.*

Justina. Señora Marquesa, el mayordomo está ahí con una rica labradora que ha venido con él.

Marquesa. Bien!... bien! (*A los demás.*) Una venta de ganados y granos que mi cuñada me ha encargado que haga en su nombre. (*A Cárlos.*) Porque vos, caballero, me hablais como á una gran señora, y no hay nada de eso... soy una labradora que vendo mis corderillos.

Carlos. (*Riendo.*) Como Carlomagno!

Marquesa. Hasta luego. (*A sus sobrinas.*) Venís conmigo, hijas mias?

Maria. Ya os seguimos, tia. (*Vase por el foro con Clara y con la Marquesa.*)

ESCENA XII.

WILSON. CÁRLOS *sentado á la derecha.*

Wilson. Querido, has hablado como un ángel.

Carlos. (*Preocupado.*) Gracias!

Wilson. Pero que me maten si he comprendido una palabra!... Vamos, esplícame todos esos enigmas; dime por qué...

Carlos. Por qué te he traido á esta quinta?... por qué te he conducido á esta boda?... Porque esta boda es la mia.

Wilson. Cómo!... el futuro esposo de la señorita de Rochefort?...

Carlos. Soy yo!

Wilson. El señor de Cernay?...

Carlos. Yo mismo!

Wilson. Tú, Cárlos Bernard!... Tú, el hijo de una labradora!... pero, cómo es que?...

Carlos. (*Levantándose.*) Cómo!... cómo!... Cómo hay pasiones que invaden nuestro corazon, que nos hacen perder el juicio, que trastornan nuestras ideas?... Tú me preguntas el por qué de todos estos enigmas?... Pues bien, sábelo de una vez... porque estoy enamorado... enamorado como un loco, como un insensato!

Wilson. Tus porqués no son mas claros que todo lo demás. Estás enamorado? sea en buen hora! pero el amor no cambia los nombres; de modo que...

Carlos. Cernay se llama una tierra que mi madre ha comprado para mí en Suiza.

Wilson. Y tú has tomado el título de ella?

Carlos. No le he tomado.

Wilson. Entonces, cómo le llevas?

Carlos. A pesar mio.

Wilson. Pues señor, si no te esplicas...

Carlos. Escucha. Te acuerdas que en el mes de Julio te dejé la direccion de nuestra gran esplotacion minera?

Wilson. Sí, para ir á estudiar el magnífico proyecto de caminos y canales, cuya ejecucion te se confió.

Carlos. Pues bien; estaba en Bagneres con ese objeto hacia pocos dias, cuando una tarde en el paseo encontré á una mujer deliciosa... de sesenta y cinco años!

Wilson. (*Riendo.*) Vamos!... tu pasion por las viejas amables!

Carlos. Si tú tuvieras una madre como la mia, me comprenderías!... La señora de Rochefort,—porque era ella,—estaba sentada á la orilla del camino con un aire tan triste, con un aspecto tan dulce... que involuntariamente me sentí conmovido... y adelantándome hácia ella, la ofrecí el brazo. Ella aceptó sonriendo,—nunca me ha salido mal una conquista de su edad!—y poco despues me lo habia confiado todo... sus pesares, los reveses de su fortuna... su temor, sobre todo, su temor de dejar á su hija sola en el mundo, sin recursos y sin protector.

Wilson. Pero todo eso no me esplica cómo el título de Cernay...

Carlos. Oye, pues. Esa tierra, como algunas baronías de Alemania, dá al propietario el derecho de tomar título y nombre. Yo habia referido este detalle á la señora de Rochefort; y en la conversacion, la buena anciana me llamaba siempre, por broma, el señor baron de Cernay. Una mañana entro en su casa, como de costumbre; encuentro á la cabecera de su lecho á su hija, que volvia de una escursion por la montaña, y figúrate mi sorpresa cuando la enferma, presentándome á la jóven, le dice: «El señor Baron de Cernay, de quien te he hablado.» Quise replicar... pero la madre me detuvo con una mirada, y me dijo en voz baja: «No la desengañeis, os lo suplico.» Callé, pues, ó mas bien no pensé ya ni en hablar ni en callar, porque estaba bajo el encanto de una aparicion celeste!

Wilson. Que, sin embargo, no tendria sesenta años!

Carlos. Déjate ahora de chanzas!... Amelia—así se llamaba la jóven—tenia en su mirada la misma bondad que su madre, con un no sé qué de altivo y magestuoso!... Se veía en aquella frente noble y algo desdeñosa como un reflejo brillante de toda una raza de héroes... y cuando, en la conversacion, dejaba entrever su desden á cuanto no era nobleza... ese desden—lo creerás?—me parecia legítimo, era un atractivo mas que irritaba mi pasion insensata. (*Se dirige á la izquierda, y se sienta en el canapé.*)

Wilson. (Pobre muchacho!) Tienes razon... estabas loco!

Carlos. Tan loco que, al dia siguiente, pedí á la señora de Rochefort la mano de su hija. «Esa union es mi mayor deseo, me respondió ella... pero quereis conseguirla? En primer lugar, no hablemos todavía á mi hija de vuestra gran fortuna.»

Wilson. Esa precaucion honra mucho á la niña.

Carlos. «Y en cuanto á vuestro nombre, dejadme escoger el momento mas oportuno para decírselo.»

Wilson. Tenia razon.

Carlos. Yo me negué, sin embargo! no podia resolverme á prolongar el error de Amelia... pero la señora de Rochefort me habló en términos tan sentidos del estado de su salud, del abandono que amenazaba á

su hija; apeló de tal modo á mi amistad, á mi amor, que consentí en callar hasta su regreso á esta quinta.

Wilson. Es decir, hasta hoy?

Carlos. Sí... convinimos en que hoy se lo diria ella todo á Amelia... mi fortuna y mi nombre; que hoy vendría yo á este salon, y esperaria aquí su respuesta.

Wilson. Y la estás esperando?

Carlos. Sí, amigo mio!... Ahora comprenderás mi ansiedad, mi angustia!

Wilson. Tranquilízate! una mujer que ama lo perdona todo.

Carlos. Todo menos que se la humille!

Wilson. Llorará primero, y despues dirá: sí!

Carlos. Por condescendencia con su madre... y mañana quizá...

Vizconde. (*En el foro, á la derecha.*) Vamos, Justina!

Carlos. Alguien viene.

Wilson. (*Mirando por el foro.*) Es el Vizconde Gontran de Silly.

Carlos. El primo de Amelia!... tú le conoces?

Wilson. Le he visto muchas veces en Niort. A pesar de sus veinte y cinco años, es el mas viejo de toda la familia... tiene la fecha del antiguo régimen. Mira!

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. JUSTINA. EL VIZCONDE, *que aparece queriendo abrazar á Justina.*

Vizconde. (*En el foro, á Justina.*) No seas esquiva! (*La abraza.*)

Justina. (*Viendo á Cárlos y Wilson, huye dando un grito.*) Ah!

Vizconde. (*Volviéndose, y riendo.*) El señor Wilson!... me pillaron!

Wilson. (*Saludándole, y riendo.*) Señor Vizconde!

Vizconde. Qué quereis?... la carne es frágil... y la ocasion tentadora.

Wilson. (*Designándole á Cárlos.*) Uno de mis íntimos

amigos, que ha tenido el honor de conocer en Bagneres á la señora de Rochefort.

Vizconde. Mi tia?

Carlos. Y el placer de hablar largos ratos con tan amable señora.

Vizconde. Con mi vieja tia?... es singular!... yo creía que no podia hablarse dos horas con una mujer sino diciéndole siempre la misma cosa.

Carlos. La frase es delicada.

Vizconde. En efecto, es delicada... verdad?... (Volveré á decirla.) Pero... ahora caigo... Bagneres... allí habeis debido ver á mi esposa.

Carlos. He tenido algunas veces ese honor, señor Vizconde.

Vizconde. Dadme, pues, noticias de ella. Es una de mis amigas... á quienes estimo mas... y á quienes veo menos.

Wilson. Tantas otras os consuelan!

Vizconde. (*Riendo con fatuidad.*) Es verdad!... es verdad!

Wilson. No sé por qué, pero hoy sobre todo, encuentro en vos un aire de conquista!...

Vizconde. (*Con risa de alegría.*) Hoy, querido... estoy proyectando la aventura mas picante, mas deliciosa!...

Wilson. Veamos, veamos.

Vizconde. Figuraos que hace cuatro años estoy enamorado... pero enamorado perdidamente de una jóven encantadora de Tolosa... una amiga de infancia!

Carlos. (*Que estaba pensativo.*) (Amiga de infancia!)

Vizconde. Ojos azules... Oh!...

Carlos. (Ojos azules!)

Vizconde. Cabellos negros como el ala del cuervo!

Carlos. (Cabellos negros!)

Vizconde. Y unos dientes... una boca!... sin contar un orgullo de princesa que viene á aumentar sus atractivos.

Carlos. (Ella es!)—(*Acercándose al Vizconde, y haciendo esfuerzos por reir.*) Yo estoy seguro de que el señor Vizconde no es hombre que adore sin ser correspondido.

Vizconde. Se entiende!... Yo queria á todo trance casarme con ella.

Carlos. Y sin duda ella tambien...

Vizconde. Ese era el sueño de toda su vida... habíamos sido destinados el uno para el otro; pero ella perdió su fortuna... y nos separaron.

Carlos. Sin separar vuestros corazones!

Vizconde. Al contrario!... yo la amé todavía mas... y la niña me adoró desde aquel momento.

Carlos. Ella os lo ha dicho?

Vizconde. Mil veces... con sus miradas... con su silencio mismo. Pero todo esto no adelantaba mi negocio. Habia entre nosotros un obstáculo insuperable.

Wilson. Vuestro matrimonio?

Vizconde. Mi matrimonio!.. ja! ja!... qué candidez!... Qué importaba mi matrimonio en esto?... Cómo!... no comprendeis?

Carlos. (*A Wilson.*) Cómo!... no comprendes?

Wilson. Y tú lo has comprendido?

Carlos. Seguramente... el obstáculo no consistia en que el señor Vizconde estuviese casado... sino en que la niña no lo estuviese.

Vizconde. Eso es!

Carlos. Ves como he comprendido?

Wilson. Me parece, sin embargo...

Carlos. Eres un pobre hombre!... No se seduce así en la sociedad á una jóven de buena familia!

Vizconde. Justo!... se espera.

Carlos. (*A Wilson.*) Entonces todo el mundo se escandalizaria: al amante se le apellidaria corruptor... etc., etc... Pero supon, per el contrario, que la jóven se casa.

Vizconde. (*Riendo.*) Suponedlo, suponedlo, querido!

Carlos. En tal caso... ya no hay obstáculos!

Vizconde. Precisamente! (*Con misterio.*) Juzgad ahora de mi alegría... Se casa en efecto!

Carlos. A las mil maravillas!

Vizconde. La cosa marcha.

Carlos. (*Con alegría.*) Yo lo presumo!

Vizconde. Ella no tiene fortuna... luego es un matrimonio de conveniencia!

Carlos. (*Muy contento al parecer.*) Luego la jóven no ama á su marido!
Vizconde. Ese marido será...
Carlos. Un imbécil... como lo son todos!
Vizconde. Yo me hago amigo suyo.
Carlos. Eso está en el órden!
Vizconde. Él me suplica que acompañe á su mujer...
Carlos. Se entiende!
Vizconde. Y entonces... llamamiento tierno á los recuerdos de infancia, de familia... Yo pinto mi desesperacion cuando nos separaron... maldigo á los padres bárbaros que me hicieron casarme... con una mujer millonaria!
Carlos. Ella se enternece...
Vizconde. Y el pobre marido... engañado y contento!... Ja! ja!... será cosa chistosa!
Carlos. (*Riendo tambien.*) Ja! ja! ja!... Chistosísima! (*Reparando en Wilson, que le mira asombrado.*) Pero no te ríes, Wilson?
Vizconde. Es verdad, querido; teneis una cara de difunto.
Carlos. Cualquiera diria que es el marido!
Vizconde. Oh!... escelente idea!... es verdad! Yo me le figuro así... Reparad, amigo mio... ese aire asustadizo... esos ojos estraviados... no hay mas... es el marido!
Carlos. Sí, sí... el marido!
Vizconde. (*Alejándose.*) Adios, marido!
Carlos. Dios te guarde, desgraciado marido!
Vizconde. Ja! ja!... qué buena idea!... (*A Cárlos.*) Querido, tengo un placer en haberos conocido. (*Mirando á Wilson.*) Escelente figura de marido!... Ja! ja! ja!.... (*Vase riendo por el foro.*)

ESCENA XIV.

WILSON. CÁRLOS.

Carlos. (*Sin moverse de su puesto.*) Y bien!... qué te parece?
Wilson. El golpe es rudo.

Carlos. Qué harias tú en mi lugar?
Wilson. Qué haría?... dar gracias al cielo por no haber dicho todavía *sí*...
Carlos. Para poder decir *nó?*... Pues yo haré precisamente lo contrario.
Wilson. Hombre, piensa en el primo.
Carlos. Ya pienso en él... para combatirle!... Este nuevo peligro ha disipado todas mis incertidumbres, todas mis vacilaciones. Oh! si mi madre estuviese aquí!...
Wilson. No ha debido partir ayer de Montpeller?
Carlos. Sí... para volver á vernos despues de dos meses de separacion en Tolosa... pero no antes de esta tarde!... Grandes compras que debe hacer en el camino... (*Mirando por la izquierda.*) Qué veo?... Amelia!
Wilson. (*Lo mismo.*) Sus miradas parecen buscar á alguno.
Carlos. A mí tal vez!... Sin duda le ha hablado ya la señora de Rochefort!... Corre á Tolosa... y si mi madre ha llegado, vuelve á buscarme.
Wilson. Voy corriendo. (*Vase por el foro derecha.*)

ESCENA XV.

AMELIA. CÁRLOS.

Amelia. (*Acercándose con precaucion, y en voz baja.*) No hay nadie?
Carlos. Qué teneis, querida Amelia?
Amelia. Chist!.... mas bajo!... mamá me ha encargado no ser vista ni oida.
Carlos. Cómo!... os separais ahora de vuestra madre?
Amelia. Sin duda... ingrato!
Carlos. Ella os habrá hablado?
Amelia. Sí!
Carlos. Os habrá consultado?
Amelia. Sí!
Carlos. Y vuestra respuesta?
Amelia. La traigo yo misma... (*Tendiéndole la mano.*) Héla aquí.

Carlos. Qué!...
Amelia. (*Adelantándose.*) Acepto!
Carlos.. Vos!... es posible?
Amelia. Os estraña, verdad?... No creíais que la orgullosa hija de los Rochefort pudiese resolverse á hacer este sacrificio!... Es que yo no tengo mas que un orgullo... y es el de mi nombre!
Carlos. (*Estupefacto.*) Qué decís?
Amelia. Que sé todo el secreto!... sé que sois rico, muy rico... demasiado rico!... y que si yo fuese la digna descendiente de los Rochefort, rehusaria unir mi pobreza á tanta opulencia; pero, qué quereis?... no es culpa mia, sino vuestra.
Carlos. Pero...
Amelia. Es tan digno lo que habeis hecho!... Ocultarme vuestra fortuna, en vez de vanagloriaros de ella; temer que mi altivez se ofendiese de vuestra riqueza... Oh! hay en esa idea una delicadeza tal, que ya no tengo mas que un sentimiento en el corazon: una alegría profunda de no tener nada, á fin de debérselo todo á vuestra ternura!
Carlos. Oh! Amelia... querida Amelia!... Pero vuestra madre no os ha dicho otra cosa?
Amelia. Con que hay algo mas?... Ah! por eso sin duda añadió misteriosamente que os esperaba.
Carlos. Ella me espera?
Amelia. Parece que hay todavía algun secreto entre los dos?... (*Movimiento de Cárlos.*) Oh!... no os lo pregunto, caballero!... no debo yo saberlo... ni nadie de mi familia!... (*Alegremente.*) De lo contrario todo sería perdido!... Id, id á ver á mamá... yo voy á ponerme bella para la noche. Oh! señor millonario, estais muy orgulloso porque sois mi acreedor... pero yo os prometo que bien pronto sereis mi deudor... Adivinad cómo! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVI.

CÁRLOS.

Oh, encantadora!... encantadora niña!— Sí, pero cuando sepa lo demás!... Y su familia... y el Vizconde... el Vizconde, sobre todo!... Sería preciso combatirle con sus mismas armas... el ingenio, la ligereza... Ea! valor!... Vamos á ver á la señora de Rochefort, y demostremos á todos, al Vizconde como á los demás, que no por haber salido del pueblo se deja de ser noble y caballero. (*Vase por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LA SEÑORA BERNARD. LA MARQUESA.

Marquesa. (*Entrando por el foro.*) Venid, venid... señora... nos sentaremos aquí... en este salon.
Bernard. Gracias, señora Marquesa.. yo no me siento nunca; hago todos mis negocios andando. Con que... seguid.
Marquesa. Confesad que los animales son hermosos.
Bernard. (*Con alegría.*) Oh!... sí... guapotes! Dios los bendiga! Hay sobre todo un cochinillo... negro como el carbon... bajito de patas... y con el rabillo enroscado... ah! qué alhaja!... pero quereis vendérmelos muy caros.
Marquesa. Muy caros!... unos cochinillos tan gordos... y limpios como...
Bernard. Si los he visto bien!... Ni una mancha de lodo en la piel... y unos hociquitos de rosa!... Pero os digo que son muy caros.
Marquesa. Venid á verlos otra vez.
Bernard. No, no!... me conozco... si los vuelvo á ver soy perdida... En otra ocasion... como esta... me pren-

dé de unos ternerillos, y me costaron doble de lo que valian... Con que así... lo dicho dicho... seiscientos francos!

Marquesa. (*Yendo á sentarse á la derecha.*) Bien! será preciso daros gusto... sois una mujer terrible!... Vamos ahora á las mieses.

Bernard. Las mieses!... eso ya es otra cosa. He tomado informes esta mañana, y valen mil francos mas de lo que me habeis pedido. Os los ofrezco.

Marquesa. Oh! sois una escelente mujer!

Bernard. Soy como Dios me ha hecho. Al avío! tres mil francos por el trigo, mil por la avena y seiscientos por el ganado; con nueve mil de esta mañana, hacen trece mil seiscientos. Es trato escrito...

Marquesa. (*Riendo.*) Dónde?

Bernard. (*Señalándose á la frente.*) Aquí!

Marquesa. No lo anotais en vuestra cartera?

Bernard. Cartera!... yo no gasto eso.

Marquesa. Pues cómo escribís?...

Bernard. Yo no sé de letra.

Marquesa. Cómo?... no sabeis?...

Bernard. Y para qué? Mirad, señora Marquesa, la letra es una mala costumbre... lo mismo que las muletas. Como si una necesitase baston para andar, un sillon para sentarse, ó uno de esos mamotretos que llaman Calepinos para acordarse.

Marquesa. Pero, en fin, vos llevareis vuestros libros de asiento.

Bernard. Yo libros de asiento!... Para unos cuantos miles de francos que manejo al año... mis asientos estan bien pronto hechos!—Fulanillo!... tienes un hermoso ganado!—Está á vuestra disposicion, señora.—Sí, socarron, cuando le pague. Cuánto quieres por él?—Dos mil francos.—Mil quinientos.—No seais regatona, la diferencia está en un hilo. — Ya!... pero ese hilo es el cordon de mi bolsa!—Él se echa á reir, yo tambien; nos arreglamos; yo me llevo su ganado, él mi dinero, y trato hecho!... La escritura!... la escritura es uno de los siete pecados capitales; es la madre de la pereza!

Marquesa. (*Riendo.*) Ah!

Bernard. Pero yo charlo, charlo, y olvido que se

acerca la hora... (*Se dirige hácia el foro.*)

Marquesa. (*Levantándose, y dirigiéndose á la izquierda.*) Teneis alguna otra compra que hacer?

Bernard. Nada de eso! un verdadero negocio... un negocio del corazon... el... Pero no quiero empezar este capítulo, porque entonces no concluiría en una semana. Sería capaz de sentarme!

Marquesa. Pues bien, sentaos.

Bernard. Es que él me está esperando.

Marquesa. Y se puede saber quién es él?

Bernard. Quién ha de ser, sino mi orgullo, mi alegría... mi hijo!

Marquesa. Vuestro hijo!

Bernard. Sí, mi hijo, á quien no he visto hace dos meses, á quien no he abrazado hace dos meses, y á quien voy á encontrar dentro de un instante... dos veces contento, dos veces feliz, porque va á reunirse con su madre .. y porque se casa!

Marquesa. Vuestro hijo se casa? Entonces, habladme de él; yo comprenderé toda vuestra solicitud, todas vuestras alegrías, porque yo tambien tengo un hijo... y además caso hoy á mi hija adoptiva.

Bernard. De veras? por eso notaba yo en vos un no sé qué de maternal... Cuando dos madres se encuentran, por mas que la una sea labradora y la otra marquesa, los dos corazones laten bien pronto á la par.

Marquesa. Bien dicho!

Bernard. Ahora voy á deciros una cosa, señora Marquesa. No os deseo mas que un yerno como mi hijo.

Marquesa. (*Riendo.*) Favor por favor! Yo no os deseo mas que una nuera como mi sobrina.

Bernard. Oh! lo que es en eso no tengo nada que desear.

Marquesa. Ya! será hija de algun rico labrador?

Bernard. Algo mas que eso!

Marquesa. De algun negociante?

Bernard. Mas todavía!

Marquesa. De algun abogado?

Bernard. Subid un poco!

Marquesa. (*Riendo.*) Es acaso la heredera de un príncipe?

Bernard. No sería demasiado para mi hijo!

Marquesa. (*Tomándole la mano.*) Oh, muy bien! Os he cobrado aficion, porque veo que sois una buena madre. En hablando de vuestro hijo, perdeis el sentido.

Bernard. No lo creais; sé muy bien lo que me digo!

Marquesa. (*Riendo.*) Veamos, veamos!... Vuestro señor hijo os ayuda sin duda en vuestros negocios?

Bernard. Él!... vender la cebada y el centeno!... Sí, sí!... Es un hombre de talento!

Marquesa. (*Sonriendo.*) Habreis hecho que le enseñen á escribir?

Bernard. Ya lo creo!... y el latin! y el griego! y las matemáticas!... Ah! que yo sea una zafia, una ignorante... no importa; para lo que sirvo!... Con saber hacer una cortesía, me sobra! Pero mi hijo! mi hijo no hay en el mundo con qué compararle. Y yo apuesto cualquier cosa á que mi nuera, aunque no la conozco...

Marquesa. No conoceis á vuestra nuera?

Bernard. No la he visto todavía!

Marquesa. (*Riendo.*) Qué casualidad!... Figuraos que yo no conozco tampoco á mi futuro sobrino!

Bernard. (*Riendo.*) De veras?... pero al menos sabreis su nombre?

Marquesa. No hace dos horas que me lo han dicho.

Bernard. Pues yo no lo sé todavía.

Marquesa. Es posible? (*Se sienta en el canapé á la izquierda.*)

Bernard. Una sorpresa que quiere darme mi hijo.

Marquesa. Como mi cuñada.

Bernard. Unicamente me ha escrito que me alegraria de su eleccion. Pero diga él lo que quiera... aunque la muchacha sea guapa y rica, y tenga sobre todas las prendas un corazon de veinte años, la desafio á que le quiera tanto como yo... Y lo que es á ella mucho le ha de costar ser querida tanto como yo lo soy.

Marquesa. Hasta ese punto os ama vuestro hijo?

Bernard. Como que no nos hemos separado un solo dia en diez y ocho años, y ahora no nos separaremos mas!

Marquesa. Sin embargo, si él se casa...

Bernard. Qué importa?... Yo vendo mi alquería para irme á vivir con él!... Tengo aquí mi contrato de ven-

ta, y le firmo hoy... Me lo ha hecho jurar! no nos separaremos nunca!... Hay entre nosotros tantos lazos de sufrimientos, de privaciones!

Marquesa. De privaciones?... Pues qué no habeis sido siempre ricos?

Bernard. Ricos!... hemos conocido el hambre, señora.

Marquesa. Entonces, cómo habeis podido educar á vuestro hijo?

Bernard. Oh! al principio costó sus trabajillos!... (*Sentándose involuntariamente.*) Cuando me acuerdo de aquellos tiempos!... (*Reparando en que se ha sentado, se levanta.*) Pues!... no os decia yo que iba á sentarme?

Marquesa. (*Haciéndola sentarse otra vez.*) Y qué mal hay en ello?

Bernard. A la verdad... teneis razon. Así tendré ocasion de hablar de él. — Pues, señora, para comenzar mi cuento, yo me establecí primero con una cesta de frutas en las gradas del colegio de Montpeller. Me parecia... que las gradas de un colegio... debian tener... así... cierto saborcillo á latin! Yo vendia á los muchachos, él procuraba hacerse útil á todo el mundo... y cuando por la noche volvia, jadeando de fatiga, yo me echaba á llorar. — No llores, madre, me decia, yo seré algun dia catedrático en la clase que barro ahora.

Marquesa. Escelente muchacho!

Bernard. Poco á poco, en efecto, su gallardía— porque era tan gallardo! —le hizo el niño mimado de todo el colegio... y un dia el provisor, al pasar á nuestro lado, se sonríe, le abraza, y le pregunta su nombre. Mi pequeñuelo no se corta, y con esa voz de ángel que le ha dado Dios, y que le cónmueve á una el corazon á pesar suyo, le responde: «Cárlos Bernard, que tiene muchas ganas de aprender.»

Marquesa. (*Rápidamente*) Cárlos Bernard!... cómo!... vuestro hijo es el señor Cárlos Bernard!...

Bernard. Vos le conoceis?

Marquesa. Sí!

Bernard. Le habeis visto? le habeis hablado?

Marquesa. Sí por cierto!

Bernard. Pues bien! confesad que es... Pero no! vos

no le conoceis!... Qué sabeis de él?... Que es buen mozo, que es amable, que está condecorado, que tiene talento, que será ilustre, y quizá ministro algun dia?... Eh! todo eso no es nada, nada! Lo mejor de mi hijo, lo divino es su corazon!... su ternura para con su madre... ignorante, tosca, y á quien quiere sin embargo como si fuese tán jóven como vuestra sobrina, y tan sabia como él!... Oh! no me detengo mas... voy á abrazarle. (*Se levanta.*) Adios, señora Marquesa! (*Va á marcharse.*)

Marquesa. (*Deteniéndola con la palabra.*) Un momento, un momento!... no os dejo partir!

Bernard. Sí, sí... me está esperando en Tolosa.

Marquesa. No está en Tolosa.

Bernard. Pues qué, vos sabeis dónde está?

Marquesa. Sí!

Bernard. Dónde? decídmelo, por Dios, señora.

Marquesa. Os lo diré con una condicion.

Bernard. Cuál?

Marquesa. Que permanecereis aquí un cuarto de hora.

Bernard. No, no sereis tan cruel.

Marquesa. Oh! sí, lo seré... qué quereis? soy un poco egoista... quiero presentaros á mi sobrina.

Bernard. Y me prometeis despues?...

Marquesa. Os prometo que vereis á vuestro hijo mas pronto que si fuéseis á Tolosa.

ESCENA II.

LA MARQUESA. EL VIZCONDE. LA SEÑORA BERNARD.

Vizconde. (*Alegremente.*) Tia, tia!

Marquesa. Qué es eso? qué teneis?

Vizconde. Gran noticia! He descubierto... qué direis que he descubierto?

Marquesa. Vamos, esplicaos.

Vizconde. He descubierto... el marido de Amelia!

Marquesa. De veras?

Vizconde. Le he visto!... y vos tambien. Es el ingeniero de esta mañana!

Marquesa. (*Estupefacta.*) Cómo!... aquel ingeniero?...

Bernard. Un ingeniero!
Vizconde. El señor Cárlos Bernard!
Marquesa. El señor Bernard!
Bernard. Mi hijo!
Vizconde. (*Volviéndose.*) Vuestro hijo!... (Ah!... esto es más de lo que yo pedia.)
Bernard. Mi hijo!... Con que... es mi hijo quien?... Esa boda de que yo me alegraba tanto... esa jóven á quien queria sin conocerla... es vuestra sobrina?... Os doy la enhorabuena!
Vizconde. Gracias! (*Irónicamente.*)
Bernard. Por vos primero, porque vuestra familia gana un hombre ilustre, y despues por mí! La señora Marquesa me ha mostrado tanta cordialidad!... no hay duda... hace un momento charlábamos aquí como dos antiguas conocidas, como dos amigas... Ah! es preciso que la alegría sea completa!... y ya que somos casi parientes, permitidme que os dé un abrazo. (*Dá un paso hácia la Marquesa.*)
Marquesa. (*Con encogimiento.*) Seguramente... con mucho gusto. (*Se abrazan.*)
Vizconde. Poco á poco!... yo soy tambien de la familia, y quiero que se me abrace!
Bernard. No hay inconveniente... señor...
Vizconde. Dejaos de cumplimientos... llamadme sobrino, porque yo cuento con llamaros tia. (*Dá un paso hácia ella.*)
Bernard. Pues bien... sobrino... (*Abriéndole los brazos.*) Apretad! — Otras peores habeis abrazado! (*Se abrazan.*) Pero él... él... dónde está?
Vizconde. Mi primo? ahí, en el jardin, á dos pasos!
Bernard. A dos pasos!... Oh! entonces voy corriendo. Adios, señora Marquesa... adios, sobrino! Ya le veo! (*Llamando.*) Hijo mio, hijo mio! (*Vase.—El Vizconde se dirige al foro. La Marquesa pasa á la derecha, donde se sienta.*)

ESCENA III.

EL VIZCONDE. LA MARQUESA.

Vizconde. (*Mirando por la ventana.*) Bravo! reconoci-

miento! anagnorisis! efusion de lágrimas! hijo! madre!... cuadro completo!... Ah! qué tierno es todo esto! (*Volviendo al proscénio, y dirigiéndose á la Marquesa.*) Pero tia, teneis un aire de espanto...

Marquesa. (*Despues de una pausa.*) No, no es posible!

Vizconde. Cómo que no? me lo ha dicho el notario mismo!

Marquesa. No es posible, repito; Amelia no puede haber consentido...

Vizconde. En amarle, no! pero en casarse, sí! Cualquiera se casa con... quien tiene cien mil francos de renta. Parece que el contrato se firma esta noche!

Marquesa. (*Levántandose.*) Eso lo veremos!... Voy á ver á mi cuñada, y será preciso que atienda á lo que voy á decirle, porque va en ello el honor de la familia. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE.

Id, querida tia, id... Por mas que hagais, la niña se casará... sí, se casará... por mí! Qué ganga! dar justamente con el marido que yo necesitaba... No perdamos tiempo. (*Viendo entrar á Justina.*) Justina!

ESCENA V.

EL VIZCONDE. JUSTINA.

Vizconde. Justina, qué hace Amelia?

Justina. Está concluyendo su tocado.

Vizconde. Perfectamente! Y no sabe nada todavía?

Justina. Nada.

Vizconde. A las mil maravillas! Justina, hace mucho tiempo que no te he dado nada.

Justina. Señor... vos vais á pedirme alguna cosa.

Vizconde. Esa respuesta merece un abrazo! (*Dándosele.*) Toma... para tí! (*Entregándole un billete.*) y toma... para mi prima.

Justina. Como! escribirle un billete amoroso el dia de su boda?

Vizconde. Tranquilízate... despues le escribiré otros.

Justina. Pero, señor... eso no se hace nunca!

Vizconde. Al contrario, es el primer artículo del código de los primos! El primito penetra en el gabinete de su prima en el momento en que se pone el velo nupcial... se arroja á sus piés con desesperacion, le jura que se matará si ella va al altar... la prima va, el primo no se mata... no importa... la imágen del desdichado la persigue siempre, turba sus sueños, y ella dice por lo bajo: pobre primo!... lo cual se traduce al dia siguiente por: pobre marido!

Justina. Y es eso lo que contiene ese billete?

Vizconde. Precisamente.

Justina. No seré yo quien le lleve.

Vizconde. (*Sonriendo.*) A que sí? (*Sacando un bolsillo.*) Cuando tú sepas lo que dice la post-data...

Justina. Lo sospecho.

Vizconde. A que no? Dice: «Si Justina quiere ser la portadora de este billetito, habrá diez luises para Justina.»

Justina. (*Rápidamente.*) Dice eso?

Vizconde. (*Haciéndole pesar la bolsa.*) Y la prueba...

Justina. Entonces... si dice eso... es otra cosa! Ya conoceis... cuando una no ha leido! (*Toma el bolsillo y el billete, y despues dice con compuncion:*) Señor, compadezco al marido!

Vizconde. (*Sériamente.*) Tranquilízate... ya le he prevenido!

Justina. Cómo?...

Vizconde. Sí... le he prevenido que amaba á su mujer, que le iba á hacer la corte, que tenia muchas probabilidades de éxito. Estas son consideraciones que deben tenerse entre parientes.

Justina. De veras?

Vizconde. (*Riendo.*) Palabra de honor! se lo he contado todo!... y él es tan majadero, que no ha comprendido que se trataba de Amelia.

Justina. Pues no tiene facha de tonto, señor.

Vizconde. Ahí verás!... no lo es, y sin embargo... Vamos, estos pobres diablos de la clase media... por

mas que hagan... todos han nacido para maridos!

Justina. Maridos!

Vizconde. Yo me entiendo! Vamos, corre, lleva mi billete! — Oh! vive Dios que si venzo, no serán diez luises los que te regale, sino veinte y cinco. (*Vase por el foro izquierda.*)

ESCENA VI.

JUSTINA. *Despues* CÁRLOS.

Justina. (*Siguiendo al Vizconde con la vista.*) El otro es mejor... pero yo apostaría por este.

Carlos. (*Entrando por la derecha.*) (Ahora vamos á vernos los dos las caras, linda mensagera!) (*Se sienta á la derecha, y llama.*)—Justina!

Justina. Señor!

Carlòs. (*Sentándose.*) Tú has estado alguna vez en la comedia?

Justina. Oh, sí señor!... muchas veces, en el teatro de Tolosa. (Adónde irá á parar?)

Carlos. Y dime: te acuerdas de las piezas que allí se representaban?

Justina. Vaya si me acuerdo.

Carlos. Habrás notado que se componen casi siempre de cuatro personages: en primer lugar, una mujer que no ama á su marido...

Justina. (*Cortada.*) La verdad es que algunas veces...

Carlos. No ama á su marido... pero en cambio... ama á otro.

Justina. Es natural.

Carlos. Este *otro* es un jóven... de bigotes retorcidos... militar... ó vizconde... generalmente vizconde.

Justina. (*Cortada.*) Lo que es eso...

Carlos. Sí, sí! vizconde... El cuarto personage —no hablemos del marido... ese le estás viendo desde aquí— el cuarto personage es una criadita, de ojos vivos... lista, como una pimienta... á quien el vizconde se acerca de cierto modo y le dá un billetito.

Justina. No, no, señor... eso no lo he visto nunca.

Carlos. Te digo que sí! Ahora no tienes bien presente la escena, porque hace mucho tiempo que no la has

visto. (*Se levanta.*) Pero mira... el vizconde se acerca á Justina — supongamos que la chica se llama Justina—así, de puntillas, con un bolsillo en una mano y el billete en la otra. (*Movimiento de Justina.*) Ves? Mi descripcion es tan exacta que, involuntariamente, te estás figurando el personage, y te metes las manos en el bolsillo del delantal, como si guardases alguna carta!

Justina. (*Muy turbada.*) Pero, señor... (Estoy perdida!)

Carlos. Sabes ya lo demás?

Justina. (Que van á despedirme!)

Carlos. (*Alegremente.*) Lo demás voy á decírtelo. Todas esas intriguillas son muy viejas... no se ve otra cosa en las comedias... y lo que es yo, si fuese doncella, doncella jóven y bonita, haria un papel mas nuevo, mas gracioso... el de aliada del marido, por ejemplo, de ese pobre marido á quien todo el mundo abandona, y á quien, como buena mujer, yo defenderia...

Justina. Pero, señor...

Carlos. Esto me traería muchas ventajas. En primer lugar, no correría el riesgo de ser despedida... ya me comprendes...

Justina. Seguramente, señor.

Carlos. Aemás, abandonaría un oficio feo, y que no es propio de una buena muchacha!

Justina. (*Algo conmovida.*) Señor...

Carlos. (*Alegremente.*) Por último, esto sería mas divertido!... No te parece?... engañar al engañador! vencer al vencedor! burlarse de aquel que se burla de todo el mundo!... Qué dices de esto?

Justina. Digo... digo que sois el caballero mas perfecto del mundo, y yo... yo no soy mas que una mala mujer, de quien su madre se avergonzaría, si la viese, y que si no fuera por vos, estaria perdida!—Así, pues, podeis castigarme, despedirme... pero esto no me impedirá amaros y serviros... Tomad! (*Le dá el billete.*)

Carlos. (*Tomándole.*) Muy bien, muchacha! Este billete será una declaracion de amor?

Justina. Apasionada!

Carlos. Entonces no necesito leerle para contestar. (*Se sienta á la mesa y escribe.*)

Justina. Pero qué vais á hacer?
Carlos. (*Sentado á la mesa.*) Ya lo ves, escribir.
Justina. A quién?
Carlos. (*Escribiendo.*) Al Vizconde!... él envia una carta... será preciso darle la respuesta.
Justina. Vais á desafiarle?
Carlos. (*Sin dejar de escribir.*) Nada de eso!... acaso una mujer se bate?
Justina. Una mujer?
Carlos. (*Enseñándole el billete que acaba de escribir.*) Sin duda: mira. «Si me amais... silencio!»
Justina. Cómo, señor!... tomais el puesto de la señorita!
Carlos. No quiere el Vizconde tomar el mio?
Justina. (*Riendo.*) Es mucha verdad!
Carlos. (*Levantándose.*) Vé á buscarle... entrégale este billete. (*Se le dá.*) Y sobre todo, no te vendas!
Justina. No tengais cuidado, señor, no quiero vender á nadie! (*Va á salir y despues vuelve. Cárlos pasa á la izquierda.*) Señor, señor! y si me ofrece otra vez dinero?
Carlos. (*Alegremente.*) Le tomas!... de no hacerlo así, te venderias!
Justina. Es verdad!... Qué bueno sois!
Carlos. Vamos!... anda. (*Justina vase por el foro.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS. LA SEÑORA BERNARD.

Carlos. Ya tenemos un enemigo fuera de combate!
Bernard. (*Entrando por el foro.*) Sabes lo que sucede?
Carlos. Creo que sí!
Bernard. Sabes que toda esa familia te acusa de haberla engañado?
Carlos. Ya lo sé... pero cálmate.
Bernard. Calmarme!... calmarme!... No hago otra cosa hace una hora! Cuando la Marquesa dijo con tanta arrogancia: mi sobrina!... mi sobrina casarse con un... ingeniero!... Dios solo sabe lo que pasó por mí!... pero tú me habias dicho que me calmase, y me calmé... Va de una!... Pocos momentos despues, los

oigo á todos esclamar que nunca reconocerán por pariente suyo al hijo de una vendedora... Vendedora!... vendedora!... Eh!... y qué son todos ellos? No vende el duque sus maderas? el baron, no vende sus granos? la Marquesa, no vende sus ganados?... Y á qué precio?... Eso lo sé yo mejor que nadie. Oh! la ocasion para responderles era magnífica. (*Movimiento de Cárlos.*) No, como tú me habias dicho que me calmase... me calmé. Y va de dos!... Pero qué es lo que acabo de saber... ahora... hace un instante, de boca del mismo viejo Marqués de Rouillé?...

Carlos. Y qué importa todo eso? Oyeme.

Bernard. Oh!... lo que es el tal Marqués... no quiero nada con él, porque soy capaz...

Carlos. Es, sin embargo, un hombre de mérito... ha escrito una obra...

Bernard. Y qué me importan á mí su obra ni sus méritos? Sabes lo que me ha dicho? Que tu enlace estaba roto!... Oh! esto ya es demasiado. Renunciar á un marido como mi hijo!... Con unos ojos como esos! con una boca como esa! con un talle como ese!... Que busquen, que busquen otro que se le parezca en toda la nobleza! (*Movimiento de Cárlos, que se sonríe.*) No, no me digas nada... esto es para irritar á un santo! Siempre están hablando de su raza!... su raza, su raza!... Que la crucen, y así tendrán mejor cria.

Carlos. Pero quieres escucharme? Qué importa que toda esa nobleza me rechace, si ella... ella, Amelia, me acepta?

Bernard. Qué dices?

Carlos. Lo que apenas me atrevo á creer... lo que apenas me atrevo á asegurar, pero que va á decidirse dentro de un momento.

Bernard. Cómo?...

Carlos. La estoy esperando! va á venir aquí, va á saberlo todo de mi boca!... Oh! el golpe será terrible! El culto de toda su vida, el orgullo de toda su familia se revelarán contra mí!... Si yo triunfase á pesar de todo!... si su amor fuese mas fuerte que sus recuerdos, que su orgullo!... Ah! madre, madre... ruega á Dios que así sea, porque á la idea de una negativa, mi vista se turba, mi corazon cesa de

latir. Dios mio, Dios mio!... cuánto la amo!

Bernard. Hijo de mi vida!

Cárlos. Calla!... creo que la oigo.

Bernard. Déjame verla. (*Pasa á la izquierda.*)

Cárlos. Ella es!

Bernard. Ah!... qué hermosa criatura!... Vale casi tanto como tú!... Vamos, valor!... Acuérdate de quien eres. (*Vase por el foro.*)

ESCENA VIII.

AMELIA. CÁRLOS.

Cárlos. (*Volviendo la cabeza á otro lado al entrar Amelia.*) Sí, sí... valor!

Amelia. (*Con gracia.*) Cómo!... caballero!... no me mirais?

Cárlos. (*Sonriendo.*) Yo!... querida Amelia!

Amelia. Sí señor... vos!... Es inútil que tomeis ahora ese acento tan tierno y me dirijais esas miradas... esas miradas tan dulces. Hace un momento, cuando he entrado... volvísteis la cabeza á otra parte. Acaso no os agrada mi trage?... Os parecería mejor con otros adornos?... decídmelo para ir á mudármelos inmediatamente.

Cárlos. (*Gravemente.*) Amelia, tengo que hablaros de cosas sérias... pero para eso necesito valor... y si vos quereis dejarme un poco, os lo suplico, no me mostreis tanta gracia de carácter, tantos atractivos.

Amelia. (*Alegremente.*) Temeis que los gaste todos hoy, y me quede sin ninguno para despues de casada?... Tranquilizaos... mi gracia, como vos decís, no se parecerá á este lindo vestido de gala... será mi trage de todos los dias. (*Viendo que Cárlos permanece pensativo.*) Y bien!... no os tranquiliza esto?

Cárlos. (*Pensativo.*) Sí! sí!

Amelia. No, caballero! no podeis engañarme... todo se ve en las miradas de aquel á quien se ama, la alegría como la pena... la pena, sobre todo... y yo estoy viendo dos lágrimas en vuestros ojos!

Cárlos. Creeis?...

Amelia. Estoy segura!... Vamos, decidme... por qué

estais triste cuando yo estoy alegre? (*Mas rápidamente.*) Es tal vez por mi misma alegría?... os disgusta que yo no me muestre mas grave en un dia como hoy?... No es culpa mia, he hecho todo cuanto estaba en mi mano por parecer inquieta... pero no he podido.

Carlos. Oh! Amelia, querida Amelia!... perdonadme mis angustias, mis sufrimientos.

Amelia. Sufrimientos!... puedo yo disiparlos?

Carlos. Sí!

Amelia. Esplicaos.

Carlos. Vais á reiros quizá... Sufro porque dudo de vos, porque temo que no me ameis como yo os amo.

Amelia. Ah!... me habíais dado un miedo!... Y es eso lo que os hace perder la cabeza, señor mio?

Carlos. Una insensatez, quizá... una locura... pero cuando se ama, como yo amo... todo le asusta á uno, todo le inspira celos. Lo que yo adoro en vos, Amelia... es á vos misma... á vos sola... mientras que... Mirad, he sabido esta mañana el rompimiento de un enlace que me hace tamblar.

Amelia. Cuál?...

Carlos. Conoceis á la señorita Elena de Kerdoguen, que parecia estar tan orgullosa de su futuro?

Amelia. Y bien?...

Carlos. Pues hoy le niega su mano.

Amelia. Por qué?

Carlos. (*Observándola.*) Porque no es como ella creía, el baron de Vilcreuse, sino un simple ingeniero!

Amelia. (*Con sorpresa.*) Un ingeniero!

Carlos. (Qué acento!) Aprobais ese rompimiento?

Amelia. (*Sencillamente.*) Sin duda... no puede una casarse con quien no es de su clase.

Carlos. Vos tambien?... vos tambien teneis en algo un vano título?

Amelia. (*Sencillamente.*) Si le tengo en algo!... Le tengo como se tiene la fé, como se tienen los deberes, como vos mismo debeis tenerle, amigo mio... vos que con tanta gloria llevais un nombre ilustre!... (*Movimiento de Cárlos.*) No me acuseis de vanidad, amigo mio... esto no es mas que honor!... Si una jóven noble es demasiado pobre para casarse, no se casa, se

hace religiosa... vive, si es preciso, en la pobreza y el abandono... pero no mancha el lustre de su familia!

Carlos. (*Despues de una pausa, y acercándose á ella.*) Y si es amada, como vos... querida Amelia?

Amelia. (*Turbada.*) Como yo?...

Carlos. (*Con ternura.*) Y si ella misma ama?

Amelia. (*Conmovida.*) Si ama...

Carlos. Si ama como vos me habeis amado... un dia?

Amelia. (*Sonriendo.*) Un dia!... Ah! yo os he amado... un dia?... Y cuál? decidme.

Carlos. El 10 de Setiembre, en Bagneres... Vos ya lo habeis olvidado!

Amelia. (*Sonriendo.*) Es posible!... Sin embargo, pensando en ello, recordando todas nuestras escursiones... la del puerto de Venasque, por ejemplo...

Carlos. Cómo?... recordais?...

Amelia. Todo!

Carlos. Recordais que, llenos de emocion á la vista de aquel magnífico espectáculo de la naturaleza, caimos los dos de rodillas en silencio?

Amelia. Sí!

Carlos. Que yo, loco, delirante, me precipité sobre vuestra mano, cubriéndola de besos y lágrimas?...

Amelia. Sí!... sí!

Carlos. Pues bien, si en aquel momento, cambiando de pronto de lenguage, os hubiera dicho: Amelia, yo soy siempre el hombre de honor á quien habeis elegido; pero vuestra clase no es la mia; mi cuna no es igual á la vuestra... yo no soy el señor de Cernay... soy Cárlos, nada mas que Cárlos... qué hubiérais hecho?

Amelia. (*Con terror.*) Yo!...

Carlos. Sí!... responded!... qué hubiérais hecho?

Amelia. Callad!... no me lo pregunteis!

Carlos. Es preciso... debo hacerlo!

Amelia. Ah! sois muy cruel, amigo mio!... Por qué atormentarme con una desgracia ficticia?... Por qué entregar mi alma á estas luchas imaginarias entre el deber y la ternura?

Carlos. Ya os lo he dicho!... porque quiero saber si me amais como yo os amo... por mí mismo, por mí solo!... Decidme, pues, Amelia... decidme: si yo fuese

Vilcreuse y vos Elena, y me viéseis aquí delante de vos, suplicante y llorando, escucharíais á vuestro corazon, ó á vuestro orgullo?... Os conmovería esta voz que en otro tiempo amábais tanto, segun decíais, ó bien, insensible á mi desesperacion, inexorable á mis súplicas, me rechazaríais diciéndome: yo no os conozco, vos no sois nada para mí?

Amelia. En nombre del cielo, qué teneis, amigo mio?... lágrimas, lágrimas verdaderas corren por vuestras megillas!

Carlos. Ah!... es que todo es verdadero aquí! es que Vilcreuse soy yo! es que Elena sois vos! es que yo no me llamo el señor de Cernay, sino Cárlos Bernard, y que moriré á vuestros piés si no teneis piedad de mí.

Amelia. (*Azorada.*) Cielos!... qué decís?

ESCENA IX.

AMELIA. LA MARQUESA. CÁRLOS.

Marquesa. (*Entrando por el foro con varias cartas en la mano.*) Dice la verdad, hija mia.

Amelia. Mi tia!

Marquesa. Sí!... tu tia, que viene aquí, enviada por tu madre, en nombre de tu madre, á quien representa, para salvarte... (*A Cárlos.*) para salvaros quizá á vos tambien.

Amelia. Cómo!

Marquesa. Pero que debe primero hacerte oir la voz de tus parientes... la de tu venerable abuela, que te ruega que no abrevies sus dias con este matrimonio!

Amelia. Yo!... abreviar sus dias!

Carlos. (Yo tiemblo!)

Marquesa. (*Enseñando una carta.*) La voz de tu tutor, que te escribe: «Tú eres pobre, y el señor Bernard es rico: si te casas con él, se dirá que has vendido tu nombre por un puñado de oro!»

Amelia. Yo, vender mi nombre!

Carlos. (Ah!... estoy perdido!)

Marquesa. Es la voz del respetable Marqués de Rouillé, que te prohibe deshonrar á tu familia.

Carlos. (*Con indignacion.*) Deshonrar!

Marquesa. Perdonad este lenguage, caballero... el Marqués de Rouillé no os conoce; pero yo que os conozco y os estimo, me dirijo á vos, no para ofenderos, sino para deciros que, á pesar de tantos obstáculos, hay quizá un medio de hacer esta union posible.

Amelia. Un medio!

Carlos. Qué decís?

Marquesa. Lo que la bondad de la señora de Rochefort me ha suplicado que os repita... y yo, por la estimacion que os profeso, he consentido en trasmitiros.

Carlos. Pero qué medio es ese?

Amelia. Hablad, tia.

Marquesa. No puedo decírselo mas que al señor Bernard. Déjanos por algunos instantes, hija mia.

Amelia. (*Alejándose y mirando á Cárlos.*)—(Qué irá á decirle?)—(*Vase por el foro.*)

ESCENA X.

LA MARQUESA. CÁRLOS.

Marquesa. (*Señalándole una silla á la izquierda.*) Sentaos y escuchadme como á una amiga, caballero... porque no he dado á nadie una prueba de amistad mayor de la que voy á daros. (*Se sienta en el canapé, y Cárlos en una silla.*) Todos los dias vemos algun conde ó duque que va á buscar una mujer en la clase media, y dos horas despues de la boda, la mujer de la clase media es tan gran señora como la heredera de trescientos años de nobleza, porque es condesa ó duquesa... pero lo que nuestra sociedad no conoce, ó al menos no reconoce; es una hija de padres nobles que se une á un hombre que no es de su clase... porque en Francia, como sabeis muy bien, no sucede lo que en otros paises, donde el marido toma el título de la mujer... en Francia, en vez de elevar al marido la mujer, dándole su título, desciende la mujer hasta el marido, tomando su nombre.

Carlos. Su nombre!

Marquesa. Oh! no os riais del nombre... el nombre es una gran cosa en la vida, es una parte de nosotros mismos, es como nuestra imágen!... La señorita de

Rochefort, condesa de Rochefort, no puede llamarse la señora de Bernard!... Cuando entrase en un salon y la anunciasen de ese modo... se ruborizaría! Cuando recibiese una carta y viese ese nombre en el sobre, sufriría... y entonces, descontentos el uno del otro, desgraciados el uno por el otro...

Carlos. (*Levantándose y dirigiéndose á la derecha.*) Pero qué hacer entonces... y de qué medio me hablábais?

Marquesa. (*Que se ha levantado tambien, acercándose á él.*) No lo habeis adivinado?

Carlos. Adivinado?

Marquesa. Uno de los privilegios de la baronía de Cernay... porque es una baronía... no es conferir nombre y título al propietario?

Carlos. Yo!... tomar un título que no es mio!

Marquesa. Es vuestro, puesto que le habeis comprado.

Carlos. Dejar el nombre de mi padre!

Marquesa. Y quién se llama hoy como su padre?

Carlos. No os acordais ya, señora Marquesa, de vuestros sarcasmos sobre los que compran títulos?

Marquesa. Y vos, señor Bernard, no os acordais ya de Amelia?

Carlos. Amelia!

Marquesa. Amelia que os ama y que será vuestra, si consentís en lo que os propongo!

Carlos. Ah! no me hableis así!

Marquesa. Y acaso creeis que no me cueste mas que á vos?... Pero la señora de Rochefort os ama tanto... yo misma me siento tan inclinada á seguir su ejemplo... que, á despecho de mis principios, añado: Vamos, amigo mio, ceded... nuestra familia ha sacrificado su orgullo por vos... no podeis vos sacrificar vuestra altivez por Amelia? Quereis que vuelva diciéndole: no tenia mas que pronunciar una palabra para que fueses suya... y se ha negado á hacerlo... se niega todavía!

Carlos. Oh! basta, basta!... Tanta entereza es superior á mis fuerzas... Sí!... (*Con energía, y pasando á la izquierda.*) Pero no!... no!... no puedo!

Marquesa. Señor Bernard!

Carlos. Ah!... señora, vos no habeis reparado en ello. Lo que me pedís es que me condene á la risa de to-

dos los hombres sensatos... es que desmienta toda una vida grave y honrada... es que imite á todos esos hidalgos de nuevo cuño que el dia menos pensado aparecen transformados en grandes señores de teatro!... No, señora Marquesa... semejantes disfraces no se han hecho para mí... y aun cuando hubiera de morir de dolor, no abandonaré nunca el nombre que ha honrado mi padre y que mi madre lleva todavía, porque estimo demasiado al pueblo para venderle y respeto demasiado á la nobleza para comprarla!

Marquesa. (*Con dignidad.*) Basta, caballero!

Carlos. Señora Marquesa!

Marquesa. (*Deteniéndole.*) Ni una palabra mas!... ya os lo he dicho... el consentimiento de la señora de Rochefort era con esa condicion... vos rehusais, yo le retiro en su nombre!... No me resta mas que dirigiros mi adios... y recibir el vuestro!

Carlos. Señora!...

Marquesa. Todo ha concluido entre nosotros! (*Vase por el foro.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS.

(*Se deja caer anonadado sobre una silla á la derecha, y dice despues de una pausa:*)

Pues bien!... Amelia será la señora de Bernard... Amelia se llamará Bernard, á pesar de su madre... á pesar de su tia... á pesar de ella misma! (*Levantándose.*) Ah! señora Marquesa... habeis creido que yo, cuya vida entera ha sido un combate; yo, que he luchado veinte años con el dolor y la miseria, abandonaria, sin disputároslo, lo que mas amo en el mundo!... Pues os habeis equivocado! Yo conquistaré á mi mujer... y cuando la haya conquistado, fuerza será que me dejen amarla! (*Dá un paso para salir, y ve á su madre que entra rápidamente.*)

ESCENA XII.

CÁRLOS. LA SEÑORA BERNARD.

Carlos. Mi madre!... estoy salvado!

Bernard. Así lo espero, hijo mio... pero qué ha dicho la Marquesa?

Carlos. Que mi nombre era demasiado vulgar.

Bernard. Yo les haré ver que es mas poderoso que el suyo.

Carlos. Cómo?

Bernard. Eso corre de mi cuenta. Y tú?

Carlos. Yo me voy derecho á esa familia que me rechaza, á ese Marqués de Rouillé que escribe que mi paréntesco sería una mancha, y les pruebo...

Bernard. Que tú eres ya pariente suyo... pariente lejano, es verdad... lo que permite el matrimonio... pero, al fin del mismo orígen y familia... esto es claro como la luz del dia!... Los abuelos de tu novia hacian acueductos, tú haces puentes!... ellos construían canales, tú trazas caminos!... ellos plantaban bosques, tú creas praderas... no puede ser el parentesco mas inmediato!... Manos, pues, á la obra, y que antes de la noche esten todos conquistados!

Carlos. (*Sonriendo.*) Antes de la noche?

Bernard. Por qué no?... Gran cosa harias tomándote dos años para semejante bicoca! (*Con energía.*) Dentro de dos años es preciso que seas ministro!

Carlos. Oh!... eres una mujer singular!

Bernard. Mi madre me ha dicho siempre, que no habia podido tener otra como yo!... Con que cada uno á su puesto... yo me voy á Tolosa.

Carlos. Y yo me quedo aquí, en el campo de batalla...

Bernard. (*Sonriendo.*) Ya!... junto á Amelia!

Carlos. Eso es lo que me dá fuerzas!... Ah! si supieras cómo su noble corazon...

Bernard. (*Dirigiéndose al foro.*) Bien, bien!... luego hablaremos de eso.

Carlos. Cómo su fisonomía...

Bernard. Mira... si empezamos ahora su retrato... (*Desde la puerta.*) Piensa en tu ministerio. Adios, escelencia!

Carlos. Adios, ambiciosa!
Bernard. Adios, monseñor!
Carlos. Adios, hombre de Estado... hombre de negocios... pícara madre!... (*Abrazándola con pasion.*) Oh! despues de haberte abrazado me siento capaz de todo!... Parte tranquila... tú quedarás contenta de mí!... (*Le envía un beso, y el telon cae.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LA MAQUESA, *sentada en el canapé y bordando.* AMELIA, *sentada en una silla al lado del canapé, en actitud pensativa.* JUSTINA *y* EL MARQUÉS DE ROUILLÉ, *entrando por el foro.*

Justina. Señor Marqués, aquí estan las señoras.
Marques. (*Dándole un legajo de papeles.*) Bien!... lleva esos papeles á la biblioteca.
Justina. Voy allá, señor.
Marques. Ah! si viene alguno de Tolosa, preguntando por mí, avísame al momento. (*Justina vase por la izquierda.—Dirigiéndose á la Marquesa.*) Qué es lo que acabo de saber?... Con que la señora de Rochefort daba su consentimiento con esa condicion?
Marquesa. Sí.
Marques. Y habèis tenido la debilidad de ofrecer á ese precio al señor Bernard la mano de Amelia?
Marquesa. Sí.
Marques. Y él?...
Amelia. (*Levantándose y pasando á la derecha.*) Él!... La ha rehusado, tio!

Marques. La ha rehusado!... qué insolencia! Tú estarás indignada!

Amelia. Si lo estoy!... Y sin embargo, hago mal... porque, al fin, él se ha portado bien... se ha portado como un hombre de honor!

Marques. Que estás diciendo?

Amelia. Rechazar un título postizo!... No querer dejar el nombre de su padre!... Y antes que consentir en lo que él considera como una bajeza, renunciar á la que ama!... porque me ama, tio, no puedo dudarlo! Si hubiérais oido esta mañana con qué acento me hablaba de su ternura... si le hubiérais visto ahí, todo pálido, con los ojos arrasados en lágrimas, esclamar que moriria si tuviese que renunciar á mí... Y sin embargo, renuncia, renuncia voluntariamente... Ah! qué mala accion... ó por mejor decir, qué accion tan heróica!

Marques. Cómo!... tú le defiendes!... un hombre que queria que te llamases la señora Bernard!

Amelia. Oh! teneis razon... no le defiendo, no quiero defenderle!... Y para estar mas segura de mí misma, venid vos en mi ayuda... decidme que su negativa es un ultraje... de este modo, si vierto lágrimas, á pesar mio, serán de indignacion y no de sentimiento. (*Llora.*)

Marques. Sentimiento!... Vaya un motivo de sentimiento!... un hijo de una labradora... á quien me parece que estoy viendo... sin elegancia, sin...

Marquesa. (*Que se habia levantado y dirigido al foro, viene á colocarse entre el Marques y Amelia, y dice á aquel en voz baja:*) No insistais... el monstruo es encantador.

Marques. (*Bajo.*) Bah!

Marquesa. (*Lo mismo.*) Demasiado encantador... esto no es natural, lo confieso. Preciso es que un noble haya puesto los ojos en alguna de sus abuelas!

Marques. (*Riendo.*) Qué cosas teneis, hermana!

Amelia. Qué es ello, tio?

Marques. Nada, nada.

Marquesa. El Marqués tiene razon... hay un medio muy sencillo de desechar esos recuerdos...

Amelia. (*Rápidamente.*) Cuál, tia?

Marquesa. Olvida las buenas cualidades del señor Bernard, y piensa en sus defectos. (*Se dirige al foro, y despues vuelve al proscenio y á la derecha.*)
Amelia. Sus defectos?
Marques. Sin duda: crees acaso que no tiene ninguno?
Amelia. Pero yo no sé como...
Marques. Cómo encontrarlos!... Nada mas fácil! Compárale con tus amigos, con nosotros!... Yo voy á ayudarte... veamos. Es brusco y algo irascible... como yo?
Amelia. (*Rápidamente.*) Él!... si es la bondad, la dulzura misma!
Marques. Diablo!
Marquesa. Es jugador?
Amelia. Él!... nunca ha cogido las cartas en la mano!
Marques. Qué fatalidad!... Pero en fin, buen mozo como le pintais...: debe parecerse algo al Vizconde... debe ser ligero, inconstante, galanteador... debe hacer la corte á todas las mujeres.
Amelia. Eso lo ignoro!... lo único que sé, es que no miraba en Bagneres á nadie mas que á mí... no escuchaba á nadie mas que á mi.
Marquesa. (*Bruscamente.*) Entonces, querida... no hay mas que decir. Qué diablos quieres que hagamos con semejante carácter?... Solo nos resta compadecerte y llorar contigo.
Amelia. No es verdad, tio, que soy muy desgraciada?... porque, debo confesároslo, todas mis ideas están trastornadas. Yo creía que habia sentimientos, maneras que no pertenecian mas que á nuestra clase... al paso que ahora... (*Con impaciencia.*) Pero esplicadme, por Dios, ese misterio. En qué consiste que él, el hijo de una labradora, sea tan noble, tan elegante... y que yo vea todos los dias barones, condes y hasta duques que son... que no son...
Marques. Que no son tan guapos!... Qué quieres?... esas malditas revoluciones lo han confundido todo...: Ya no hay clases, ya no hay gerarquías. (*Gravemente.*) Sí!... todavía hay una... la del honor! Así, pues; hija mia, enjuga tus lágrimas, y ten resignacion.
Amelia. Ya la tengo, tio.
Marquesa. (No mucha.)

Marques. Nos consolaremos haciendo buenas obras.

Amelia. Sí, tio!

Marques. Ya sabes... tu querida aldea acaba de ser destruida por una inundacion!

Amelia. Y vos habeis dirigido en favor de sus habitantes una peticion al Consejo general.

Marques. He hecho mas todavía!... he unido á la peticion dos proyectos, que los preservarán para siempre de semejante desastre... el plano de un dique y de un canal de derivacion.—Tú comprendes que cuando el Consejo general vea mi firma...

ESCENA II.

LOS MISMOS. JUSTINA.

Justina. Una carta para el señor Marqués, del señor cura de Rochefort.

Marques. (*Tomándola.*) Dame, dame! (*A Amelia.*) Es justamente sobre mi peticion... yo habia rogado al digno párroco que me escribiese. (*Dándole la carta.*) Lée, lée!... y tranquilízate... te encontraremos un marido!

Amelia. (*Leyendo.*) «Señor Marqués, nos hemos salvado...»

Marques. No te lo decia yo? (*Abrazándola.*) Abrázame!

Amelia. (*Leyendo.*) «Vuestra peticion ha sido negada...»

Marques. Eh?...

Amelia. (*Leyendo.*) «Vuestro proyecto de canal, desechado...»

Marques. Cómo?...

Amelia. (*Leyendo.*) «Vuestro dique declarado imposible!...»

Marques. Qué estás diciendo?

Amelia. (*Leyendo.*) « Y ya desesperaba yo del éxito, cuando la madre de un hombre eminente en la ciencia se interesó en favor nuestro, por consideracion á la señorita Amelia...»

Marques. Por consideracion á tí?... Pues quién es esa señora?

Amelia. Yo no sé, tio. (*Leyendo.*) «Habló en nombre de su hijo...»
Marquesa. Su hijo!
Amelia. (*Leyendo.*) «Y preciso es que este nombre sea muy autorizado, porque apenas el presidente del Consejo general supo que nuestra peticion sería firmada por el señor Cárlos Bernard...»
Marques y *Marquesa.* Cárlos Bernard!
Amelia. Cómo!... ese nombre de que yo me avergonzaba!...
Marques. (*Cogiendo la carta.*) Oh! no... eso no es posible... Nunca creeré que lo que se me ha negado á mí... al Marqués de Rouillé... (*Recorriendo la carta.*) Pero... sí... no hay duda... es la madre del señor Cárlos Bernard.
Marquesa. (Hé ahí una pobre mujer que tiene mas talento que nosotros!)
Amelia. Pero, tio, cómo es que ese nombre?...
Marques. Cómo, cómo!... porque la clase media lo invade todo y la nobleza le deja el campo; porque la clase media trabaja, y la nobleza no hace nada; porque nuestros jóvenes, en vez de procurar, como yo, recobrar nuestra influencia, prestando á su pais grandes servicios, se figuran, como el Vizconde, que es llevar una vida digna de un noble, el cazar, pescar, fumar, jugar... y guiar los caballos de su tilbury con la habilidad de un cochero inglés!... Ah!... semejante conducta me dá ira y lástima á un tiempo!

ESCENA III.

LOS MISMOS. JUSTINA.

Justina. Señor Marqués!
Marques. (*Con impaciencia.*) Qué ocurre ahora?
Justina. Un mozo que há venido á avisar que el señor ingeniero ha llegado ya á Tolosa.
Marques. El ingeniero!... aun no se ha perdido todo!
Marquesa. Qué quereis decir?
Marques. Que aun me queda una esperanza.
Marquesa. Cuál?
Marques. Si ése ingeniero me comprende, como quiero

creerlo por él mismo... pronto renacerá con su esplendor primitivo el nombre de los Rouillé y de los Rochefort. (*A Justina.*) Dónde has puesto mis papeles, mis planos?

Justina. En la biblioteca.

Marques. (*A Justina.*) Vé á buscarlos!

Marquesa. (*Al Marqués.*) Os dejamos, señor Marqués. (*Se dirige al foro.*)

Marques. Con tal que no llegue tarde...

Amelia. (*Sentada á la derecha.*) (Ese nombre mas poderoso que el nuestro!...)

Marques. (*A Justina que le dá sus papeles.*) Esto es!

Marquesa. (*Cerca de la puerta, á la derecha.*) Vienes, Amelia?

Amelia. (*Alejándose.*) Sí, tia! (*Vase por la derecha con la Marquesa.*)

Marques. (*Sacando el reloj.*) Las dos y media!... antes de las tres... Mi sombrero! (*Justina se le dá, y vase. —El Marques dá un paso para salir, y ve á Cárlos que acaba de entrar.*)

ESCENA IV.

CÁRLOS. EL MARQUÉS DE ROUILLÉ.

Carlos. Perdonad, caballero!

Marques. Un desconocido!

Carlos. No es al señor Marqués de Rouillé á quien tengo el honor de hablar?

Marques. En efecto, caballero... al Marqués de Rouillé, que está muy de prisa y que corre...

Carlos. A buscar al ingeniero?... Es inútil, señor Marqués... el ingeniero os espera.

Marques. Dónde?

Carlos. Aquí mismo. (*Sonriendo.*)

Marques. Cómo!... seríais vos?

Carlos. El ingeniero en persona.

Marques: (*Despues de haber puesto sus papeles en la mesa de la derecha.*) Y habeis venido, sin duda, para enseñarme vuestros planos... para ver los mios? francamente, habeis hecho bien... porque yo soy en toda la Francia el hombre mas entendido en la materia.

Carlos. (*Sonriendo.*) Preciso es que sea así, cuando confesais vuestro mérito con tanta franqueza.

Marques. Vos mismo convendreis conmigo cuando hayais visto lo que os llevaba en esos papeles. Un tesoro!... un verdadero tesoro!

Carlos. Veamos, caballero, veamos!

Marques. (*Con alegría, desarrollando los papeles y enseñándoselos.*) Aquí teneis... mirad!

Carlos. (*Examinándolos.*) Sí, sí!... bravo!

Marques. Qué decis ahora? (*Con aire de triunfo.*)

Carlos. Que esos planos son ingeniosos... profundos... (*Sonriendo.*) pero yo los conocia ya!

Marques. (*Rápidamente.*) Los conocíais?

Carlos. Hace ya muchos años que los encontré...

Marques. (*Irritado.*) Que los encontrásteis?... Encontrar mis ideas!... Y dónde, señor mio?

Carlos. En una obra, bellísima por cierto; el *Tratado de las riquezas del mediodia de la Francia.*

Marques. (*Con alegría.*) Publicada en Amsterdam?

Carlos. Sí.

Marques. En 1810?

Carlos. Eso es.

Marques. Sin nombre de autor?

Carlos. Precisamente!

Marques. (Era la primera edicion!)—Pero esa obra es mia, caballero, es mia!

Carlos. (*Sonriendo.*) Eso mismo iba yo á deciros, si me hubiérais dejado hablar.

Marques. (*Riendo.*) Esta cabeza!... siempre la misma! Conque vamos, jóven, ese libro os ha parecido...

Carlos. A fé mia, señor Marqués... que no me atrevo á deciros mi opinion, por temor de ofender vuestra modestia.

Marques. No importa, no importa!... Por muy bien que os parezca á vos mi obra, todavía me parecerá á mí mejor!

Carlos. No me estraña!... Por vuestro libro he sabido yo los grandes trabajos, la gran mision que desempeñaron vuestros abuelos en esta provincia.

Marques. Esa mision es la que yo quiero continuar hoy aliándome con vos... alianza de la aristocracia y de la clase media! alianza...

Carlos. (*Sonriendo.*) Cuidado, señor Marques... cuidado, porque esa alianza podria comprometer á un gran señor como vos!

Marques. (*Riendo.*) Gran señor!... Acaso hay ya grandes señores?

Carlos. Hay, por lo menos, quienes presumen de serlo.

Marques. Como si no fuésemos todos iguales!

Carlos. Pues yo conozco personas que hablan todavía de sus blasones.

Marques. No hagais caso de ellas!

Carlos. De sus títulos...

Marques. Algunos viejos rezagados!

Carlos. Nada de eso!... hombres de verdadero mérito... á quienes yo estimo mucho... y vos tambien!

Marques. No es posible!

Carlos. Voy á convenceros con una palabra... Señor Marqués, yo soy Cárlos Bernard.

Marques. (*Turbado.*) Vos!... mi... el... ese jóven... á quien?...

Carlos. A quien habeis negado rotundamente la mano de vuestra sobrina!... Estais ya convencido de que hay todavía grandes señores?... Pues bien, volvamos á nuestros planos.

Marques. Cómo!... consentís?...

Carlos. Por qué no?... El que vos no hayais querido ser mi tio, es una razon para que yo no quiera unirme á vos en interés de todos?... Vos y yo, señor Marqués, tenemos una idea comun... librar á esos pobres aldeanos del hambre, la fiebre y la miseria!... Pues bien, asociémonos... Yo tengo alguna esperiencia... utilizadla como os convenga... vos teneis algunas ideas, prestádmelas... y que el bien que han hecho vuestros abuelos me ayude en el que yo quiero hacer.

Marques. (Tiene corazon este muchacho!) Jóven!... aceptad la satisfaccion que voy á daros... Yo he escrito acerca de vuestra persona una carta... y ahora lo siento en el alma!

Carlos. Ah!... señor Marqués, no hablemos de eso, por que quiero ser dueño de mí... y á no haber reflexionado que para escribir una carta tan absurda...

Marques. Cómo!

Carlos. Absurda, lo repito!... Decir en esta época que emparentar con un hombre de corazon y de talento es un deshonor!

Marques. Pero...

Carlos. Un deshonor!... Pues qué, si vuestros padres eran la prez de la edad media, no somos nosotros los caballeros de la edad moderna? Vuestros padres conquistaron este territorio con la espada... nosotros le conquistamos hoy con el compás!... Vuestros padres defendian á los oprimidos, rechazaban las invasiones y esterminaban á los bandidos... nosotros luchamos con enemigos mas terribles... combatimos las epidemias, los incendios, las inundaciones... nosotros obligamos á la omnipotente naturaleza á servir como una esclava al hombre á quien oprimia en otro tiempo como un déspota... Cuál es mas noble de nosotros?

Marques. (*Con altivez.*) Señor ingeniero!

Carlos. (*Con mas frialdad.*) Ingeniero!... no aspirais á serlo vos mismo, cuando me presentais esos planos?... No lo eran tambien vuestros padres cuando cubrian este pais con sus trabajos? Pero si vos teneis el orgullo de los títulos, yo tengo el de la ciencia, tan respetable por lo menos como el vuestro... y ese orgullo es el que me dictará mi venganza!

Marques. Vuestra venganza?...

Carlos. Sí, mi venganza!... Oh! vosotros podeis arrebatarme á Amelia!... podeis impedirme que la haga feliz, como era mi deseo... feliz á todas horas, á cada momento, pero no me impedireis tener mi parte en su felicidad!... La gloria de sus padres se ha estinguido en esta provincia... yo la restauraré!... yo continuaré sus trabajos interrumpidos!... yo escribiré su nombre en mis propias obras, para que Amelia sea glorificada á causa mia, adorada á causa mia!... para que ella diga, al verse bendecida de todos: oh! nadie me ha amado como él!... Adios, señor Marqués, adios!

Marques. Deteneos, jóven!

Carlos. Detenerme!... por qué?

Marques. (*Conmovido.*) Por qué?... porque no quiero que creais que, por ser Marqués, no se tiene ni corazon ni entrañas... y que la pintura de un amor tan

puro... tan generoso... (*Bruscamente.*) Pero qué diablos!... por qué la amais?... quién os mandaba ir á Bagneres para enamoraros perdidamente de una jóven con quien no podeis casaros... porque al fin... esa boda es imposible... insensata?

Carlos. Decid mas bien... deshonrosa... como en vuestra carta.

Marques. Eh!... mi carta, mi carta!... Sabeis lo que hubiera hecho yo con mi carta, si la hubiese recibido? La enviaría á todos los diablos, y diría al que la ha escrito...

Carlos. Qué le diríais?...

Marques. No!... no le diría nada... dejadme!... idos!... (*Se dirige á la derecha.*)

Carlos. Qué le diríais? en nombre del cielo!

Marques. Nada, nada!... Dejadme!

Carlos. En nombre de Amelia!

Marques. Amelia!... Pues bien, le diría... Viejo Marqués de Rouillé, tú no eres mas que un egoista... Cómo!... se trata de una niña que mañana quizá se vera sola en el mundo... una pobre niña, cuya madre está al borde del sepulcro... un ángel á quien tú no puedes dar un dote, porque eres un pobreton... á quien no puedes prometer apoyo, porque eres un vejestorio... y cuando la Providencia te envía para ella un hombre superior, tú le rechazas, porque su nombre se pronuncia de este ó del otro modo!... Bien está!... nos veremos!... y ya que tú no quieres ser mi tio, yo seré tu sobrino en tus barbas!... Hé aquí lo que le diría.

Carlos. Cielos!... es decir que consentís?...

Marques. Vaya una habilidad!... lo habeis adivinado!...

Carlos. Pero y los demás?... los demás?...

Marques. Par diez!... los demás... tratadlos como á mí... convertidlos, hacedlos llorar!

Carlos. Es que vos teneis un corazon!... Pero ellos se espeluznan al solo nombre de Bernard!

Marques. Bernard, Bernard!... ese nombre no es mas plebeyo que el de Watt ó el de Fulton... y puede llegar á ser tan ilustre como ellos.

Carlos. (*Rápidamente.*) Dadme algun tiempo, y no respondo de que eso no suceda! (*Con gracia.*) Pero yo

no puedo dirigirles ese argumento... Sería preciso que otro me defendiese... una voz respetable, autorizada, elocuente...

Marques. Ah, traidor!... quiere que vaya yo mismo...

Carlos. Pues bien, sí... señor Marqués... lo quiero!

Marques. Ah!... eso es ya demasiado!... Pretender que yo, yo que era el mas furioso contra él... abogue ahora en favor suyo.

Carlos. Y lo hareis, no solo por mí ó por Amelia, sino por la nobleza misma.

Marques. La nobleza!

Carlos. Seguramente!... nuestras dos clases,— vuestro bello libro lo prueba,—nuestras dos clases serían tan fuertes si se uniesen!... Vosotros teneis lo que los pueblos adorarán siempre, el brillo del nombre, lo caballeresco, los grandes recuerdos!... nosotros tenemos lo que os falta: el trabajo, la economía, la voluntad, la industria... vosotros sois el pasado, nosotros el presente... unámonos, y fundaremos el porvenir!

Marques. Este diablo de hombre hace de mí lo que quiere!... Voy pues! (*Dá un paso para salir por la izquierda, y vuelve.*)

Carlos. (*Pasando á la derecha.*) Estoy salvado!

Marques. Señor ingeniero, teneis buena memoria?

Carlos. (*Sonriendo.*) Tal cual, señor Marqués!

Marques. Pues bien, citadme una sola línea de mi bello libro, el título de uno de los capítulos.

Carlos. (*Vacilando.*) De uno de los capítulos?

Marques. (*Estallando.*) No le ha leido!... Ah! viejo Marqués de Rouillé, no has conocido que hace un cuarto de hora se está burlando de tí!... que halagaba todas tus manías para ganarte!

Carlos. (*Friamente.*) Señor Marqués, por qué decís, pues... en el capítulo... seis... línea... tres... que el puente de Marmande fué construido en el siglo XV, cuando lo fué en el XIII?

Marques. Ah! monstruo... el único error que he cometido.... me le ha pillado! (*Afectuosamente.*) En mis brazos, amigo mio, en mis brazos!... Juntos nuestros corazones!... para que yo vaya á combatir por vos con mas energía. No me importa quién era vuestro padre ni

cómo se llamaba, pero sé que los dos somos de la misma raza... porque vos amais el bien como yo... lo bello como yo... á Amelia mas que yo mismo... y al defenderos á vos, defenderé los dos ídolos de mi vida: la ciencia y mi sobrina!... Adios! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

CÁRLOS.

Oh!.. qué hermoso corazon!... Y qué gran cosa es un verdadero noble!... Pero qué veo? el Vizconde!... Oh! este ya es diferente... Y ahora que no le temo como rival, voy á enseñarle... (*Deteniéndose.*) Qué es esto?... Una disputa!... un duelo!... Estás en tu juicio, Cárlos?... No!... tú debes vengarte á lo Vizconde... es decir, burlarte un poco de él, y despues obligarle á que se ponga de tu parte... Ea, pues... señor ingeniero, desplegad todo vuestro ingenio!

ESCENA VI.

EL VIZCONDE. CÁRLOS.

Vizconde. (*Entrando por el foro con una carta en la mano que cubre de besos.*) Ah!... delicioso!... adorable!

Carlos. Adios, primo mio!... qué aire de triunfo!... Apostaría á que venís de Tolosa, de ver el objeto de vuestros amores.

Vizconde. Algo mejor que eso!... le he escrito... y me ha contestado!

Carlos. Hola!

Vizconde. Dos palabritas, llenas de encanto, de pudor, de turbacion, de amor!... (*Leyendo.*) «Si me amas, silencio!»

Carlos. Silencio!... es decir: hablad!... Ah!... divino, divino!

Vizconde. Mas de lo que vos creeis!... sobre todo, si yo pudiese contaros... porque si supiéseis... cuando os miro... Ja! ja!... Mi buen primo!... Ja! ja! ja!... Yo necesito reir... reir á mi sabor! (*Ríe á carcajadas.*)

Carlos. (*Riendo lo mismo.*) Eso es, riamos!... A fé mia, primo... Vos permitís que os llame primo?
Vizconde. Ya lo creo... me honrais de ese modo!
Carlos. Pues bien, primo, ya que os encuentro tan amable conmigo... voy á contaros el chasco que he dado yo tambien á cierto sugeto esta mañana.
Vizconde. Hola, hola!... miren el picaruelo!
Carlos. Ya veis, primo, el ingenio se pega... y vos sois tan ingenioso!
Vizconde. Cierto, cierto!... Pero veamos ese chasco.
Carlos. Primo, debo deciros, ante todo, que soy algo celoso.
Vizconde. Bah!
Carlos. Como os lo digo!... eso está en la sangre de los Bernard!... Así es que tenia un miedo terrible de que hiciesen la corte á mi futura!
Vizconde. Hacer la corte á la futura de mi primo!... quisiera yo verlo!
Cārlos. Pues dadlo por visto!... La cosa ha comenzado!
Vizconde. Ya!... Y quién es el insolente?...
Carlos. Le han escrito una declaracion.
Vizconde. (*Algo turbado.*) Una declaracion!
Carlos. Que felizmente he interceptado yo al paso!... y entonces... (*Deteniéndose.*) Primo, qué hubiérais hecho vos en mi lugar si hubiérais cogido ese billete?
Vizconde. (*Haciendo esfuerzos por reir.*) Pst!... qué sé yo?...
Carlos. Oh! sí... estoy seguro que hubiérais imaginado alguna cosa muy fina... muy ingeniosa!... Teneis tanto ingenio vos!... Pero un pobre plebeyo como yo inventa lo que puede!... Así es que me he contentado con guardarme el billete en el bolsillo... y contestar al galan, en nombre de Amelia!
Vizconde. Cómo?
Carlos. Sí!... le he escrito dos palabras, llenas de pudor, de turbacion: «Si me amais, silencio!»
Vizconde. Eh!... qué decís?... habeis sido vos quien?...
Carlos. Lo dudais?... no me creeis con bastante malicia para eso?... Pues mirad... aquí está la prueba... la declaracion! (*Le enseña su carta.*)
Vizconde. (Mi carta!... estoy en berlina!)—(*A Cárlos*

muy sériamente.) Señor Bernard, os habeis burlado de mí?

Carlos. Yo burlarme, mi querido primo!

Vizconde. Sin duda!... esto es una burla cuyas consecuencias habreis previsto!

Carlos. Pues por las consecuencias es precisamente por lo que...

Vizconde. Y qué consecuencias son esas?

Carlos. Que de aquí á diez minutos vais á ser mi mas ardiente defensor ante vuestra familia!

Vizconde. De veras!... tendría que ver!...

Carlos. Al contrario, es muy sencillo!... Atended bien á lo que voy á deciros... Qué podeis hacer?

Vizconde. Qué!... daros una estocada, por ejemplo...

Carlos. Oh!... os creo muy capaz de ello, porque sois tan valiente como diestro!... Pero así se enteraría todo el mundo de vuestra situacion... Ya veis que esto no os conviene!... Vais á ponerme mal con Amelia?... despues de vuestra declaracion, imposible! A atacarme delante de vuestros parientes?... les contaré vuestra aventurilla, y se mofarán de vos!... No teneis otro partido que tomar... Convenir en que la broma que os he dado es de muy buen tono... en que yo soy un hombre de chispa, y venir en mi ayuda, diciéndome: Primo mio, qué puedo hacer por vos?

Vizconde. (*Despues de un momento de silencio, echándose á reir á carcajadas.*) Ja! ja! ja! ja!

Carlos. Sí, sí... reid cuanto querais!... os desafio á salir de otro modo del paso.

Vizconde. (*Riendo.*) Ja! ja! ja!

Carlos. Pero de qué os reis ahora?

Vizconde. De qué me río?... Par diez!... de mí mismo! Habeis visto una situacion como la mia?... Verse obligado á hacer el negocio del mismo á quien creía uno suplantar!... porque, como decíais muy bien vos mismo hace un momento, á no ser un tonto, no puede salir de otro modo del apuro!... y esa carta que yo cubria de besos!... Ja! ja! ja!... Admirable, querido!... admirable!... Corro ahora mismo á buscar á mi familia... les cuento que os habeis burlado de mí, como un verdadero noble... y á ese título, pido para

vos la mano de Amelia!... Adios, adios, mi querido primo!

Carlos. Sois un buen muchacho!... (*Pasa á la derecha.*)

Vizconde. (*Volviendo.*) Ah!... supongo que no pensareis conservar mi autógrafo?

Carlos. Ni vos el mio?

Vizconde. Nada de eso!... tomad! (*Presentándole su carta.*)

Carlos. (*Presentándole la suya.*) Tomad vos. (*Las cambian.*)

Vizconde. Cambio de poderes!... soberbio!... Voy á buscar á la familia. (*Va á salir.*)

ESCENA VII.

EL VIZCONDE. LA MARQUESA. CÁRLOS.

Marquesa. Es inútil... así lo espero, al menos...

Carlos. (*Con alegría.*) Qué decís?

Marquesa. Digo que este caballero ha hechizado al Marqués, de modo que el Marqués ha ganado al baron, el baron á la duquesa, la duquesa al conde... y que todos, vencidos ó persuadidos, consienten en la boda.

Vizconde y *Carlos*. Consienten!

Marquesa. Con una condicion... y esta irrevocable!... Pero tan sencilla, tan natural... que yo misma no deseo otra cosa que abrazaros como mi sobrino!

Carlos. Pues no os detengais!... Yo tampoco deseo mas que abrazaros como mi tia.

Marquesa. (*Alegremente.*) Poco á poco!... todavía no!... (*Al Vizconde.*) Querido Gontran, id á decir á Amelia que la espero.

Vizconde. Mas claro!... querido Gontran, estais demás aquí... Voy al momento. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. CÁRLOS.

Carlos. (*Alegremente.*) Y bien!... qué condicion es esa?

Marquesa. Solo una medida de prudencia que toman todas las familias sensatas!... Creo que habeis formado

el proyecto de seguir viviendo con vuestra madre... de darle por compañera á vuestra esposa. Esto es seguramente muy digno de un buen hijo como vos... pero...

Carlos. Acabad!

Marquesa. Nosotros deseamos, ó mas bien la razon exige que renuncieis á ese proyecto.

Carlos. (*Dando un grito.*) Separarme de mi madre!

Marquesa. Como lo hacen la mayor parte de los hijos, como Amelia se separará de la suya!

Carlos. Separarme de mi madre!... romper esta dulce vida en que, durante veinte y cinco años, no hemos tenido un solo pensamiento que no fuese de los dos!... faltar á mi palabra!... destruir las ilusiones de su ancianidad!... Y por qué, gran Dios!

Marquesa. (*Con reserva.*) Por qué? no comprendeis, amigo mio, que si el orgullo de la cuna es una preocupacion, la educacion no lo es?

Carlos. La educacion!... Y qué importa que mi madre cuando habla, ofenda algunas veces á la gramática... (*Alegremente.*) casi tanto como lo hacian vuestros abuelos, señora Marquesa, si cada una de sus palabras es un acento del corazon, una muestra de talento natural y de buen juicio?

Marquesa. Pero...

Carlos. Pero vos no sabeis lo que es mi madre para mí!... Vos no sabeis que ella me ha nutrido con su alma como con su leche!... No sabeis que, si valgo alguna cosa... mucho menos que ella, sin duda... oh! cien veces menos... querida y admirable mujer!... pero, en fin, que, si soy algo, á ella sola se lo debo!... Y venís á proponerme?...

Marquesa. Lo que me cuesta tanto como á vos, creedlo, amigo mio: pero reflexionad que se trata de la felicidad de Amelia; reflexionad que en una mujer como ella hay delicadezas esquisitas y fáciles de herir; que el trato habitual de una persona de corazon, de mérito, sin duda alguna, pero criada en un mundo diferente... sería para vuestra esposa una causa real de disgusto... (*Movimiento de Cárlos.*) Dejadme acabar, por favor!... Reflexionad, por último, que nuestra familia no puede consentir en hallar en los salones de

Amelia, al menos como su compañera asídua, á una persona á quien respeto, lo repito... pero que al fin es una labradora.

Carlos. Os he escuchado, señora Marquesa... y solo tengo una palabra que responderos. Ya sabeis lo que es Amelia para mí... yo la amo apasionadamente... como un insensato... Pues bien, si ella estuviese ahí, delante de mí... si me dijese cogiéndome las manos: renunciad á vuestra madre, y soy vuestra!... le contestaría: Puesto que no comprendeis el amor que profeso á mi madre, puesto que quereis que la abandone, no sois la mujer á quien yo amaba!... No os conozco ya... os rechazo!

ESCENA IX.

LA MARQUESA. AMELIA. CÁRLOS.

Amelia. (*Que ha entrado al final de la escena anterior.*) Bien, Cárlos, bien!

Carlos. Cielos!

Marquesa. Mi sobrina!

Amelia. Oh! no temais nada, tia... Sé muy bien que la resolucion de mi familia es irrevocable y que estamos desunidos para siempre... pero antes de separarme de Cárlos, necesito decirle que le amo, que le admiro, y que nunca seré de otro, ya que no puedo ser suya!

Carlos. Ah! señora Marquesa... vos la estais oyendo... apiadaos de nosotros!

Marquesa. No!

Amelia. Oh! mi querida tia... si supiérais lo que pasa por mí!... Ese nombre de Bernard, que me hacia ruborizarme... conozco que me llenaría ahora de orgullo!

Marquesa. Déjame!

Amelia. Esa labradora de que vos os avergonzais por mí... yo seré feliz llamándola mi madre!

Marquesa. No!... no cederé... no debo ceder... porque se trata de tu honor, de tu dignidad!... Sígueme!

Amelia. Tia!... en nombre del cielo!

Carlos. Señora Marquesa, yo os suplico...

Bernard. (*Fuera, y á la derecha.*) Vuelvo, vuelvo!
Carlos. Mi madre!... ni una palabra delante de ella! (*Amelia y la Marquesa van á sentarse en el canapé, á la izquierda.*)
Bernard. (*Dentro.*) Cuando os digo que enganchen...

ESCENA X.

LA MARQUESA. AMELIA. CÁRLOS. LA SEÑORA BERNARD.

Carlos. (*Procurando sonreir y acercándose á ella.*) Y adónde vas así, mala madre, sin avisar á tu hijo?
Bernard. Tienes razon, muchacho... mala madre!... porque voy á hacer una mala accion.
Carlos. Tú?...
Bernard. Una accion de egoista!
Carlos. Te desafio á que la hagas!
Bernard. Eso mismo decia yo esta mañana... y sin embargo, ahora... Te acuerdas de la promesa que te habia hecho de vender mi alquería para vivir siempre contigo?
Carlos. Y bien?...
Bernard. Y bien!... nuestro corazon es tan singular!... bien dicen, que la costumbre es mas fuerte que la naturaleza!
Carlos. Qué quieres decir?
Bernard. Que me parecia que no amaba mas que á tí en el mundo, que no necesitaba mas que de tí... y creereis, señoras, que al pensar en que tengo que despedirme para siempre de mi alquería... de mis campos... de mis hermosos corderos... corderos!... criaturas que no le entienden á una... yo os pregunto si tiene sentido comun el echarlos de menos... y sin embargo, conozco que no tendré valor para separarme de ellos!
Carlos. Pero esplícate, por Dios!
Bernard. No me atrevo... me cuesta mucho decirlo... sé que voy á causarte pena... yo misma padezco... Pero, al fin, preciso será confesarlo, puesto que es irrevocable... Ese contrato de venta que te habia prometido firmar hoy, acabo de desgarrarle... me vuelvo á mi alquería. (*Amelia y la Marquesa se levantan rápidamente; Cárlos las mira, y despues dice con mucha emocion dirigiéndose á su madre:*)

Carlos. Te vas?... no quieres ya vivir conmigo?

Bernard. Es mal hecho... lo sé!... Pero qué quieres?... los viejos... tenemos la cabeza dura:.. no nos acomodamos á nada!... Yo estaría encogida en tus bellos salones... no sería feliz!

Carlos. (*Con profundo dolor.*) No serías feliz!... Ah! tú no me amas como yo te amo!

Bernard. Yo!... yo no te amo!... (*Mas tranquila.*) Es mal hecho decirme eso! (*Esforzándose por aparecer indiferente.*) Porque al fin, no se trata de una separacion... volveremos á vernos alguna vez, no es verdad, señora Marquesa? no es verdad, señorita Amelia?... Me permitireis, aunque no sea mas que una labradora, ir á verle alguna vez... á abrazar á este querido hijo... Aunque me marche hoy, no creas que es para siempre!

Carlos. Hoy!

Bernard. (*Con mas firmeza.*) Sí, hoy... ahora mismo... porque, por mas que la eche de valiente, tengo el corazon algo blando... y tú lo sabes... las cosas dolorosas... no puedo con ellas. Por eso hê mandado enganchar, y ya es preciso que nos separemos, que nos despidamos.

Carlos. Bien está, madre... bien! (*Cae abrumado de dolor en una silla, á la derecha.*)

Bernard. (*Acercándose á él.*) Qué!... no quieres abrazarme? hemos de separarnos enfadados?... Eso sería muy mal hecho! (*Le abraza un buen rato, y despues dice con resolucion:*) Ea!... adios... adios, señora Marquesa!... adios, señorita Amelia... yo volveré... volveré pronto! (*Se aleja lentamente, mientras Cárlos, adivinando el motivo que la hace partir, la sigue con la mirada; despues se precipita hácia ella, la trae rápidamente junto á las dos señoras, y tomándole la cabeza entre las manos, la besa la frente y los cabellos, pronunciando palabras entrecortadas.*)

Carlos. (*A la Marquesa y Amelia.*) Pero no veis que os engaña?

Bernard. (*Completamente trastornada.*) Qué quieres ahora?

Carlos. No veis que se sacrifica por asegurar nuestra felicidad?

Bernard. No... yo te aseguro...

Carlos. Niégalo, si te atreves!... dime en mi cara, que las lágrimas no te ahogan... y que cuando quieres sonreir no te se desgarra el alma!... Habla, habla, por Dios!

Bernard. Pues bien, sí! tienes razon; pero no me quejo!... Llevo en mi corazon un consuelo inmenso y que bastará para llenar mi soledad. Te he oido resistir á todos los ruegos... te he oido preferir á tu pobre vieja madre á ese ángel de belleza, de virtud, de amor! Oh! todos mis dolores están compensados de antemano... y puedo partir sin pesar... Adios!

Amelia. Partir!... y creeis que mi tia os dejará partir? Miradla... (*Movimiento de la Marquesa.*) Ella llora como yo!... (*Id.*) os admira como yo!... (*Id.*) y dice para sí: soy madre!... No causaré semejante dolor á una madre! (*Momento de pausa.*)

Marquesa. Ah! resista quien pueda.

Amelia. Qué decís?

Marquesa. Quizá me arrepentiré mañana... pero el corazon es mas fuerte.

Amelia. (*Con un grito de alegría.*) Estaba segura!... no es verdad que mi deber?...

Marquesa. Tu deber es vivir al lado de tal madre.

Carlos. Señora... Amelia...

Marquesa. Tu deber es no separarte de ella un solo dia, un solo minuto. No harás en ello ningun mérito! Dentro de un año... será tan gran señora como tú!

Bernard. (*Con gracia, y acercándose á ella.*) Ah! señora... si vos quereis darme algunas lecciones...

Marquesa. Ya las tomareis vos sola... Un hombre no lo lograría nunca; pero una mujer como vos, y una madre... su educacion principia todos los dias.

ESCENA ÚLTIMA.

EL VIZCONDE. EL MARQUÉS DE ROUILLÉ. LA MARQUESA. LA SEÑORA BERNARD. AMELIA. CÁRLOS.

Marques. (*Al paño y á la izquierda.*) Victoria, victoria! (*Entrando.*) Venid, hermana mia!

Vizconde. Venid, tia!

Marques. He ganado á la familia en favor de la señora Bernard.
Vizconde. Y yo os traigo doscientos aliados!
Marquesa. Quiénes son?
Vizconde. Aldeanos, propietarios á quienes han distribuido los planos del señor ingeniero.
Marques. Nuestros planos!
Vizconde. Y que atruenan el portal, gritando: viva Cárlos Bernard!
Carlos. (*Señalando á su madre.*) Ella tambien!... siempre ella!
Bernard. Sí, siempre!... porque se trata de tí... y por tí, soy yo capaz de todo... hasta de saber ocupar mi puesto en el salon de tu mujer! (*Cárlos y Amelia se precipitan á abrazarla, cada cual por su lado.*)
Carlos. Madre!... tú le ocuparás siempre en mi corazon!
Amelia. Y en el mio!

FIN DE LA COMEDIA.

Madrid 5 de Marzo de 1856.=De conformidad con lo espuesto por el censor, Excmo. Sr. D. Pedro Gomez de la Serna, puede representarse esta comedia, titulada POR DERECHO DE CONQUISTA.=El Gobernador, *Cardero.*



ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Representar, no la alianza demasiado comun de los títulos y de los millones, de la vanidad y la codicia, sino la union de las cualidades diversas de dos clases diferentes; ridiculizar á los labriegos que toman nombres de grandes señores, y aconsejar á los grandes nombres que se pongan al frente de las grandes empresas; presentar en la escena, en cuanto lo permite una comedia ligera, la ciencia que, con el compás en la mano, cumple la mision de los antiguos héroes mitológicos; sujetar la naturaleza al dominio del hombre; pintar, en fin, por una parte, en el Marqués de Rouillé, al venerable noble que quiere conservar noblemente su puesto á la cabeza de la sociedad, y por otra en Cárlos Bernard, al enérgico hijo del pueblo que lo conquista todo en la vida, desde su plaza de colegial hasta su esposa, hé aquí lo que he querido hacer. ¡Ojalá se juzgue que he logrado mi propósito!—E. LEGOUVÉ.